# LOS HOMBRES de la historia

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

126

# Napoleón III

Centro Editor de
América Latina

*Henri Guillemin*



# LOS HOMBRES *de la historia* 126

Carlos Luis Napoleón Bonaparte nació en París en 1808 "bajo el Imperio", es decir en una época que se perfilaba propicia, feliz, rica en promesas para el recién nacido.

Sobrino del emperador y nieto de Josefina, su esposa, está destinado a convertirse con el tiempo en el heredero del gran corso.

Su oportunidad llegó con el movimiento de 1848. El 10 de diciembre fue elegido presidente de la República con 5.434.000 votos y prestó el siguiente juramento: "En presencia de Dios, y frente al pueblo francés representado por la Asamblea Nacional, juro ser fiel a la República democrática, una e indivisible y cumplir con todos los deberes que la Constitución me impone". Y agregó: "Los sufragios de la Nación y el juramento por mi acá prestado dirigen mi conducta futura. Mi deber está signado.

Lo seguiré como hombre de honor.

Veré enemigos de la patria en todos aquellos que intenten subvertir, por vías ilegales, lo que la Francia entera ha establecido".

Treinta y cinco meses más tarde, Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la República, abolía la Constitución, proclamaba el estado de sitio en París y, con la fuerza, instituía su dictadura.

En 1852, el Príncipe-Presidente-Dictador resucitará el Imperio para su provecho. Se convierte en emperador a la edad en que su famoso tío había dejado de serlo.

Tiene apuro por gozar de la vida, ahora que posee finalmente lo que le costara veinte años alcanzar.

Y lo hará hasta 1870 en que se proclama en Francia nuevamente la República. El ex emperador no habrá de sobrevivir mucho tiempo: el 9 de enero de 1873 muere en Londres mientras sus adictos organizaban un complot para restaurar el trono.

1. Freud
2. Churchill
3. Leonardo de Vinci
4. Napoleón
5. Einstein
6. Lenin
7. Carlomagno
8. Lincoln
9. Gandhi
10. Van Gogh
11. Hitler
12. Homero
13. Darwin
14. García Lorca
15. Courbet
16. Mahoma
17. Beethoven
18. Stalin
19. Buda
20. Dostoievski
21. León XIII
22. Nietzsche
23. Picasso
24. Ford
25. Francisco de Asís
26. Ramsés II
27. Wagner
28. Roosevelt
29. Goya
30. Marco Polo
31. Tolstoi
32. Pasteur
33. Mussolini
34. Abelardo
35. Pío XII
36. Bismarck
37. Galileo
38. Franklin
39. Solón
40. Eisenstein
41. Colón
42. Tomás de Aquino
43. Dante
44. Moisés
45. Confucio
46. Robespierre
47. Túpac Amaru
48. Carlos V
49. Hegel
50. Calvino
51. Talleyrand
52. Sócrates
53. Bach
54. Iván el Terrible
55. Delacroix
56. Metternich
57. Disraeli
58. Cervantes
59. Baudelaire
60. Ignacio de Loyola
61. Alejandro Magno
62. Newton
63. Voltaire
64. Felipe II
65. Shakespeare
66. Maquiavelo
67. Luis XIV
68. Pericles
69. Balzac
70. Bolívar
71. Cook
72. Richelieu
73. Rembrandt
74. Pedro el Grande
75. Descartes
76. Eurípides
77. Arquímedes
78. Augusto
79. Los Gracos
80. Atila
81. Constantino
82. Ciro
83. Jesús
84. Engels
85. Hemingway
86. Le Corbusier
87. Eliot
88. Marco Aurelio
89. Virgilio
90. San Martín
91. Artigas
92. Marx
93. Hidalgo
94. Chaplin
95. Saint-Simon
96. Goethe
97. Poe
98. Michelet
99. Garibaldi
100. Los Rothschild
101. Cavour
102. Laplace
103. Jackson
104. Pavlov
105. Rousseau
106. Juárez
107. Miguel Angel
108. Washington
109. Salomón
110. Gengis Khan
111. Giotto
112. Lutero
113. Akhenaton
114. Erasmo
115. Rabelais
116. Zoroastro
117. Guillermo el Conquistador
118. Lao-Tse
119. Petrarca
120. Boccaccio
121. Pitágoras
122. Lorenzo el Magnífico
123. Hammurabi
124. Federico I
125. G. Bruno

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi

126. Napoleón III - El siglo XIX: Las revoluciones nacionales
Este es el tercer fascículo del tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 2).
La lámina de la tapa pertenece al tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 126:

Arborio Mella: p. 75 (3).

Scala: p. 67 (1).

El resto de las ilustraciones han sido proporcionadas por P. Malvisi sobre la base de material existente en el Cabinet des Estampes y en la Biblioteca Nacional, París.



Centro Editor de América Latina S. A.
Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en noviembre de 1970.

# Napoleón III

*Henri Guillemin*

**1808**
20 de abril. Nacimiento de Louis-Charles-Napoleón Bonaparte, hijo de Luis Bonaparte, "rey de Holanda", y de la hija de Josefina Beauharnais, Hortensia.

**1831**
5 de mayo. Atraviesa París de incógnito. En Italia, participa en los movimientos carbonarios de Romaña con su hermano mayor, Napoleón, quien muere a causa de las heridas recibidas.

**1832**
En Schoenbrunn muere el duque de Reichstadt, hijo del Emperador Napoleón. Luis Napoleón publica el opúsculo *Rêveries politiques* [Fantasías políticas].

**1836**
30 de octubre. Tentativa de Estrasburgo: Luis-Napoleón trata de sublevar la guarnición para marchar sobre París. 21 de noviembre. Capturado, es enviado a América.

**1837**
En Arenenberg muere su madre, Hortensia.

**1839**
Publica el opúsculo *Idées napoléoniennes* [Ideas napoleónicas].

**1840**
6 de abril. Tentativa de Boulogne: Luis-Napoleón desembarca con trescientos hombres, es derrotado y arrestado por los soldados de Luis Felipe, quien lo hace confinar "por vida" en el fuerte de Ham, sobre el Somme.

**1844**
Publicación de *Extinction du Paupérisme* [Extinción del pauperismo].

**1846**
Muere Luis Bonaparte, el padre, en Livorno. Luis Napoleón escapa del fuerte de Ham, donde había estado encarcelado desde 1840.

**1848**
24 de febrero. Deposición de Luis Felipe y proclamación de la República.
4 de junio. Luis Napoleón es elegido diputado. Renuncia.
23-26 de junio. Insurrección obrera en París. Cavaignac dictador.
Setiembre. Luis Napoleón es reelegido diputado.
11 de octubre. Abolición de la ley 1832 sobre el destierro de Bonaparte.
10 de diciembre. Luis Napoleón es elegido presidente de la república por cuatro años.

**1850**
31 de mayo. Ley electoral que restablece el criterio selectivo del censo, excluyendo a quienes no pagan tasas personales.

**1851**
2 de diciembre. Luis Napoleón se convierte en Napoleón III.

**1853**
30 de enero. Napoleón III se casa con Eugenia de Montijo.

**1854**
10 de abril. Alianza franco-inglesa contra Rusia.

**1855**
10 de setiembre. Toma de Sebastopol.

**1856**
16 de marzo. Nacimiento del príncipe imperial.

**1859**
4 de junio. Victoria de Magenta.
24 de junio. Batalla de Solferino.

**1862**
7 de mayo. Batalla de Puebla.
10 de junio. Las tropas francesas entran en México.

**1867**
19 de enero. Napoleón III anuncia el "Imperio liberal".

**1870**
19 de julio. Francia declara la guerra a Prusia.
2 de setiembre. Batalla de Sedán. Napoleón III es hecho prisionero por los prusianos.
4 de setiembre. En París se proclama la República.

**1873**
9 de enero. El ex emperador de los franceses muere en Londres, mientras el ex general Bourbaki organiza un complot para restaurar el trono.

**El heredero de Napoleón**

Carlos Luis Napoleón Bonaparte es su nombre. Nació en París en 1808 "bajo el Imperio", es decir, en una época que se perfilaba propicia, feliz, rica en promesas para el recién nacido. Su padre, Luis (pero, ¿es realmente su padre? La cuestión no tiene solución. pero sin embargo parece ser que debemos inclinarnos por la autenticidad de tal paternidad) es el hermano menor —en diez años— de aquel que desde hace cuatro años se hace llamar *l'Empereur*, "el Emperador", y quien le ha dado un trono; él es "rey", rey de Holanda. La madre del pequeño Carlos Luis se apellida Beauharnais, es la hija de Josefina. ¿Cuál Josefina? Nada menos que la mujer que en 1796 se casó con el general que se convirtiera en cónsul, luego en déspota, Josefina la emperadora. ¡Cuántos auspicios de felicidad en torno a la cuna de Carlos Luis! El emperador es su tío, y su abuela es la esposa del Dominador. En el momento de su nacimiento su padre cuenta treinta años, su madre veinticinco. Un nuevo miembro, y muy bien recibido, de esta tribu, de este *comando*, desembarcado de Córcega algún tiempo antes y que, de la estrechez oscura y casi penosa se ha elevado a la opulencia y al esplendor gracias al héroe de la familia, el segundo hijo (uno antes que él, tres después), aquel "Naboulióne", tan maravillosamente desenvuelto. Mamá Leticia —la otra abuela— no deja de maravillarse. "¡Con tal que dure!", dice con frecuencia. Se la puede entender muy bien a la esforzada mujer, nacida en Ramolino. Sus hijos le provocan vértigos. Resulta increíble lo que le ha ocurrido a su nidada. Pero es preciso reconocer que su polluelo número dos no es común. Posee el sentido de lo concreto como ninguno. No se contenta con palabras. A

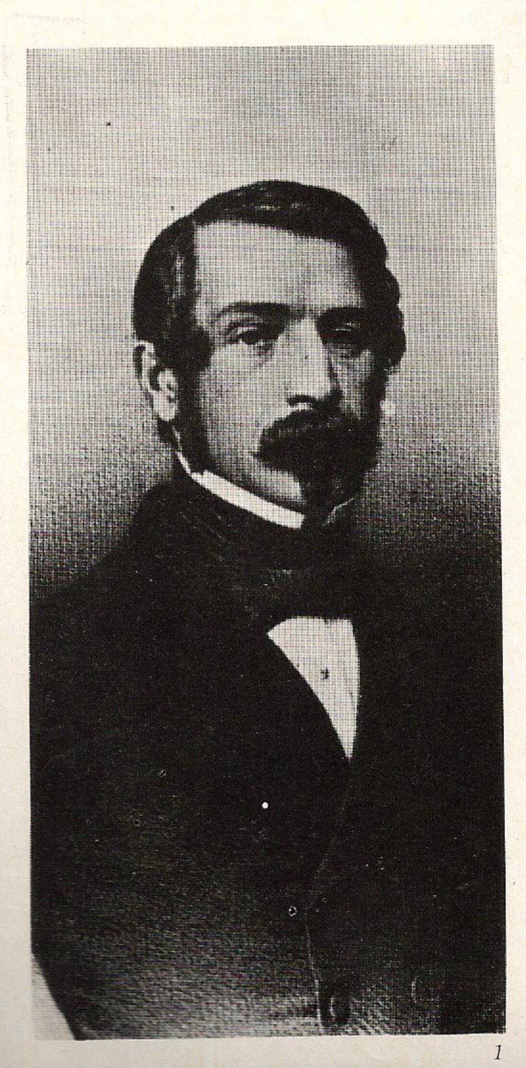
*1. Luis Napoleón Bonaparte en 1848. Litografía, París, B. N. Est.*

*2. El sueño de Luis Napoleón (1848). Mayólica esmaltada. París, Musés Carnavalet.*

*3. Luis Napoleón compone el ensayo sobre el pauperismo durante su permanencia en Ham. Grabado. París B. N. Est.*

*4. "En 1848: —¡Sin un centavo! ¿Si fuera a ver a miss Howard?" Caricatura de Luis Napoleón. París, B. N. Est.*

*5. Luis Napoleón huye de Ham disfrazado de albañil. Litografía. París, B. N. Est.*



*1*

los veintiocho años ya ha hecho la felicidad de los suyos. Un buen hijo y un buen hermano. Es cierto que en Italia, a la cabeza de los ejércitos franceses, los frutos de sus redadas personales eran de tal abundancia que de haber sido solo no habría sabido qué hacer con tanto. El oro llovió sobre el clan, el oro de los saqueos. Este botín privado, estos robos enormes, practicados en un país conquistado por un militar victorioso: tal el origen, a menudo cubierto por un velo púdico por la "Historia bien pensada", la "Historia como se debe", tal el exacto y amplísimo origen de la fortuna de los Bonaparte. El pequeño general, ya en posesión de su herencia, se transforma en *caid*.

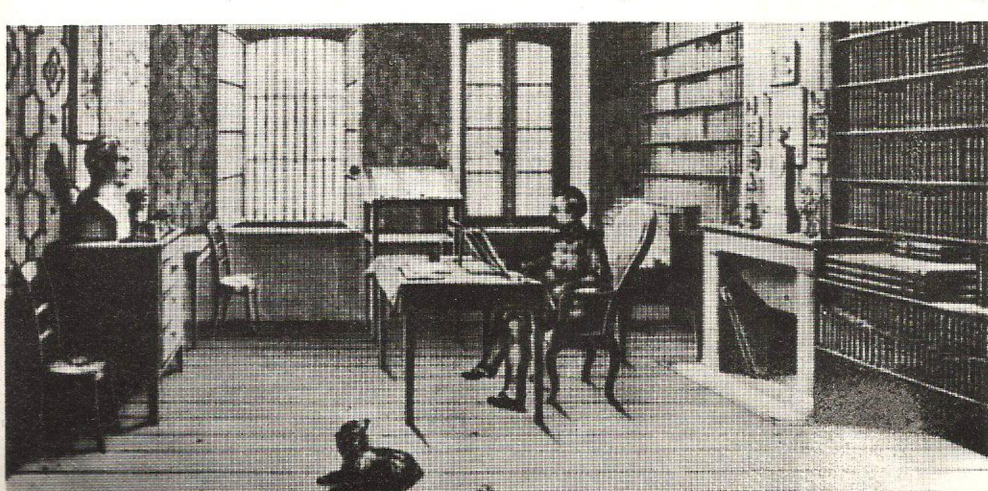
Un caid de manos largas. ¿Y por qué no? La República, en Francia, luego del 9 de Termidor y del asesinato de Robespierre y de su grupo (27 de julio de 1794, más de cien ejecuciones en tres días, la gran "fiesta" de la guillotina, aquella a la que algunos bautizaron "la liberación de los gentileshombres"), se ha convertido en la presa de una banda con Barras a la cabeza y Talleyrand, dos exactores de voracidad ejemplar. Napoleón Bonaparte, que se ocupa de afrancesar su nombre, no se considera satisfecho del fruto de sus rapiñas. Otra operación colosal, inaudita, es posible. ¿Fagocitar qué cosa? El Estado. Proclamar, tranquilamente, a su vez: *"L'État, c'est moi"* ["El Estado soy yo"]. Clavar los dientes en la misma Francia. El joven conoce su Voltaire: "El primero que fue rey fue un bandido feliz", en otras palabras, un bandido realizado, más fuerte y más astuto que los otros. Es cosa evidente, por otra parte; la hora es propicia, en 1799, para promoverse a rey (de Francia), bajo una denominación apropiada, ya que el término estaba proscripto y el joven general republicano había hecho carrera en las filas antirrealistas. Un militar de alto grado siempre está en buena posición para un golpe de Estado, mientras disponga, dada la naturaleza de las cosas, de colaboradores numerosos y dóciles. ¿Acaso sus soldados no le deben obediencia, y bajo pena de muerte? ¿No es la disciplina la fuerza principal de los ejércitos? Tiene a su disposición, entonces, sus instrumentos de acción. Cañones contra oradores, la partida es desigual. Precisa también conexiones en la plaza. No le faltan. Los termidorianos están inquietos: son los delegados y los representantes de aquella burguesía de negocios que partiera, en 1789, al asalto del poder y para la cual todo había ido de la mejor manera hasta el 10 de agosto de 1792; la "multitud" estaba contenida y no tenía voz en el capítulo; venido luego el odioso intermedio de Robespierre, la gente de bien no había tardado en restaurar el orden; pero la inseguridad persistía y los sabios, a la manera de Sieyès, deseaban un reajuste, más bien neto, de las instituciones, de modo que se asegurara en forma definitiva la fortuna adquirida y, al mismo tiempo, que se preservara en forma duradera un sistema económico y social propicio a los parásitos. Los negocios y los bancos se agitaban discretamente (aquellos Périer, aquellos Perregaux que volverán a hallarse, eufóricos, en la banca de Francia). Buscaban a su hombre, sopesando a los generales, dudando en la elección. Bonaparte, que no desea dejarse "quemar", abandona su ejército en Egipto y cae como un rayo sobre París en octubre de 1799. El 9 de noviembre (o 18 de Brumario) es el gran día, no sin titubeos y temores, por otra parte. Pero los hermanos José, el mayor, y Luciano, el menor, también interesados, como es natural, en el éxito de la empresa, le han proporcionado en el momento oportuno la ayuda necesaria. Y es así como el grupo corso, el sindicato de los Bonaparte, toda la prole de Leticia —el espíritu de familia entre ellos es cosa sagrada— alcanzó la grandeza, recibiendo muy pronto cada uno de ellos reinos y prebendas. Luego, quince años más tarde, sálvese quien pueda. Pero en realidad, si bien Francia había perdido en la aventura oleadas de oro y de sangre, la familia de Ajaccio, por su parte, no lo pasaba mal. Ya no era como antes el correr del oro sobre las aguas del Pattolo; pero al fin de cuentas los Bonaparte, todos ellos, no tenían de qué lamentarse. Sin aquel hermano providencial, sus recursos, si bien reducidos, habrían conocido una exigüidad bien distinta. Para Hortensia, por ejemplo, la madre de Carlos Luis, la "exigüidad" representa una condición que para el noventa y cinco por ciento de los franceses de 1815 merecería el nombre de "magnificencia". Además, está el nombre. Un verdadero capital. Rediticio en varios aspectos, y de permitirlo la época y las circunstancias, susceptible de servir como trampolín, como catapulta.

Carlos Luis no es el único hijo del "rey de Holanda". Tiene un hermano mayor cuyo nombre de pila es más prestigioso que el suyo: Napoleón. José sólo tiene hijos. El ex "rey de Roma", el hijo del Emperador, "El Aguilucho" como se le dirá, se llama actualmente duque de Reichstadt. Vive en el castillo de Schoenbrunn, cerca del abuelo, el emperador Francisco II de Austria, y su madre, María Luisa, ahora duquesa de Parma, no se preocupa de los sueños que él pueda forjar. La ex "reina Hortensia", llamada "duquesa de Saint-Leu", está separada del marido, quien reside en Florencia, muy debilitado, semiparalítico; en 1817 adquirió el castillo de Arenenberg, en Turgovia, sobre la margen suiza del lago de Costanza, y allí se estableció en el invierno de 1824-1825. Muy atento al curso de los sucesos —infinitamente más que María Luisa, la "austríaca"— ella observa y vigila.

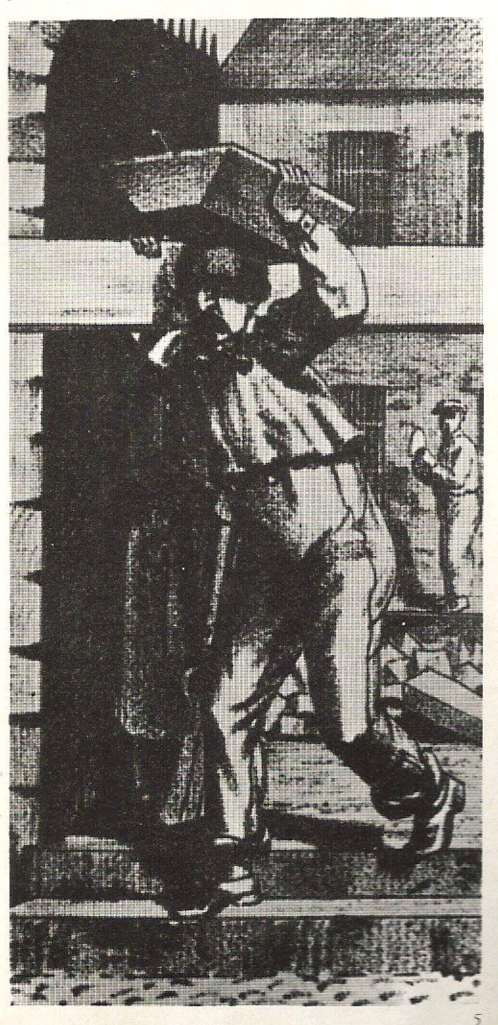
2




4



3



5

No ha desaprobado a Carlos Luis, su predilecto, a quien ha sabido conservar junto a sí hasta los comienzos del año 1831: él tendrá veintitrés años en abril y se ha marchado para reunirse con su hermano Napoleón en Florencia. Italia, la Italia del Norte, se agita, oprimida por Austria. Una insurrección se prepara en Romaña, provincia de los estados pontificios. Para los Bonaparte, la ocasión puede ser feliz; a falta de un trono en Francia, que aún no parece al alcance de la mano, un trono italiano no sería despreciable. Los dos hijos de la "reina Hortensia", convertidos en carbonarios, se lanzan; las tropas pontificias son débiles y están mal pagadas; toda esperanza es lícita, entonces. Desafortunadamente, el pontífice romano no permanecerá solo; Austria, a la que pide ayuda, sólo desea ayudarlo: eficaz Santa Alianza del poder temporal y del espiritual contra la peste revolucionaria. Metternich se entenderá siempre con un papa que, militarmente, tiene gran necesidad de él, y que por lo mismo está a los pies de Austria. La empresa romañola de los dos "voluntarios", quienes imaginaban obtener grandes provechos, se resuelve en un desastre. Al huir hacia Forli, luego de la derrota, caen en una emboscada en la que el mayor, alcanzado por una bala en pleno pecho, muere. Así se frustró miserablemente la primera tentativa del aventurero Carlos Luis de marchar sobre las huellas del tío y aprovechar su fama, así como su técnica, a fin de elevarse, según su ejemplo, de una suerte mediocre a las más fructíferas grandezas humanas. Había que rehacerlo todo. Sin embargo, desaparecido el hermano mayor (y, al año siguiente, el *Hijo* por excelencia expirará en Schoenbrunn), Carlos Luis, que podrá firmar ahora como "Luis Napoleón", figura ya como heredero, el pretendiente.

**Resurge el mito de Napoleón**

El verdadero objetivo a alcanzar, por supuesto, es Francia; y existen signos interesantes, alentadores, que dan que pensar y que revisten al futuro con los colores de la esperanza. El 5 de mayo de 1831, pocas semanas después del fin penoso de su episodio italiano, Luis, que atravesaba París de incógnito en compañía de su madre, tiene oportunidad de presenciar un espectáculo que revitaliza sus anhelos. En aquel décimo aniversario de la muerte del Emperador, día a día se reunían grandes cantidades de ramos de flores a los pies de la columna Vendôme. De la mañana a la noche se renovaba el gentío, ferviente. Centenares de estudiantes, millares de ciudadanos. La "leyenda napoleónica" se halla en plena vigencia. ¡Qué pena no aprovechar tal ocasión! ¿Cómo se ha compuesto esta leyenda, explotada, engrandecida por un Béranger, sutil y hábil comerciante? Tres elementos se encuentran en su base, creo; de dos de ellos la leyenda es deudora, por contragolpe, a la Restauración, y en particular a Carlos X. Ante todo (y nunca se lo podrá destacar lo suficiente) el anticlericalismo. Una parte creciente de franceses ya no tolera la supremacía eclesiástica, la religión de Estado, el reinado de los sacerdotes. La multiplicación de las ediciones populares, a bajo precio, de los escritos de Voltaire más agresivamente anticatólicos, es un fenómeno conexo al del entusiasmo por Napoleón. Porque Napoleón no era devoto, porque había manejado enérgicamente al clero y al papa. Béranger, que sabe elegir el viento favorable, trabaja contemporáneamente en dos objetivos: escarnecer a los clérigos ("Hombres negros, ¿de dónde salís? Salimos de debajo de la tierra...") y exaltar al "pequeño caporal"; es el mismo público al que se dirige. Y los hijos de Hortensia estaban acertados cuando, en 1831, intentaban destacarse en el antipapismo italiano. Segundo elemento: el desprecio plebeyo por el *antiguo régimen* parcialmente resucitado bajo la restauración borbónica. Los Borbones han devuelto a sus lugares a los aristócratas; los nobles han reencontrado la arrogancia; y Carlos X ha impuesto al país "el millar de los emigrados". Napoleón sí era, parece, el hombre del pueblo (lo había repetido bastante durante los Cien Días); a los gentileshombres, según se narra, los hacía arrastrar en las Tullerías; a los reyes los echaba; el duque de Enghien había comprendido cuán poca influencia ejercían su rango y su raza sobre el general republicano convertido en el primero de los franceses. ¡Muy bien! Eso es lo que Béranger hace leer en las cabañas (son analfabetos, pero escuchan, por la noche, agitando sagazmente la cabeza, al "agricultor" más instruido, o al veterano, que da lectura a la hoja impresa); es que Napoleón ha arreglado las cuentas, de una vez por todas, con el aborrecido *antiguo régimen* de los diezmos y los cánones feudales. La tierra es nuestra, gracias a él, y ni siquiera los Borbones osaron tocar a los adquirentes de los bienes nacionales. Para los campesinos, sabemos, la tierra es aún más preciosa que los hijos. Es cierto que el Emperador ha destruido a un buen número de muchachos en sus campos de batalla. Pero era atacado, y fue preciso defenderse; era necesario impedir que los "tiranos" restauraran la esclavitud en Francia.

Por fin, tercer componente, que concuerda con el segundo y lo complementa: la "gloria". Tocamos con ello una realidad compleja, cuyas raíces se ramifican y se hunden en oscuras profundidades. Sí, el "orgullo nacional", los bustos engrandecidos con los "lauros de la victoria", el chovinismo, y la estúpida vanidad de pertenecer a la nación cuyos ejércitos entraron, sembrando el terror, en Viena, Berlín, Moscú. ¿A precio de qué hecatombe? ¡Tanto peor! ¿Para lograr qué? ¡No importa! Existió esa epopeya... Agréguese la fascinación del Jefe, del hombre-prodigio. Es necesario, para un destino tan grande, no sé cuál complicidad astral; el hombre-prodigio es el hombre-misterio. Aun mutilados, muchos de sus ex soldados hablan de él ahogados por la emoción. Hasta el vizconde de Chateaubriand, con todo su despecho de desposeído (por culpa suya) y sus celos, cae en la hipnosis (se lo puede apreciar muy bien en sus *Memorias*). Se ha marchado a Arenenberg (es el 29 de agosto de 1832) y pretende no haberse sentido impresionado en lo más mínimo: todos los Bonaparte destronados "tienen el aire —dice— de divinidades de la Ópera que han descendido de sus carros de cartón dorado"; los "imperiales" lo "divierten"; "jugadores arruinados", "proveedores en bancarrota por una mala especulación". Él los observa con ojo burlón en medio de sus falsas reliquias y otras bagatelas: "condecoraciones, cadenas, sellos, anillos, terciopelos ajados, rasos desteñidos". Pero Chateaubriand no cuenta más, es un hombre terminado; por otra parte, sus malignidades literarias permanecen sepultadas (sólo se las conocerá en forma póstuma) y si Lamartine se demuestra irrecuperable (su *Bonaparte* de 1823 es odioso), el joven y brillante Víctor Hugo atestigua, por el contrario, disposiciones favorables. Su *Ode à la Colonne*, ¡muy bien! Y luego de la prohibición de *Marion de Lorme* ¿no son excelentes estas palabras?: "Ayer, bajo el Imperio, se nos quitaba nuestra libertad, es cierto, pero se nos ofrecía un espectáculo sublime... Existía una oficina de censura, se radiaban públicamente nuestras obras, pero a todas nuestras lamentaciones nos podían responder: ¡Marengo! ¡Jena! ¡Austerlitz!" Pronto vendrá Musset, con su *Confesión de un hijo del siglo* y las preciosas páginas sobre la juventud que se aburre y recuerda con nostalgia aquellos maravillosos tiempos de guerra que conocieron los adolescentes de ayer, cuando reinaba en Francia el Genio de las Batallas en un centellear de relámpagos y rayos. La guerra. El gusto de la guerra. La oscura tendencia oculta de la criatura por la violencia, la sangre, la muerte. "La carne de cañón —como escribirá más tarde un Hugo cambiado, maduro—, la carne de cañón enamorada del artillero." Sabe todo esto, y lo considera, aquel "príncipe Luis" a quien Chateaubriand ha ido a visitar en su pabellón del exilio y al que describe como "un joven instruido, lleno de dignidad, y naturalmente grave".

**Un "nuevo lazo" para la misma presa**

El "joven grave" cumple veinticinco años en en 1833. El Tío ha comenzado su verdadera carrera a los veintisiete años y el "príncipe Luis" está decidido a hacer otro tanto cuando se le ofrezcan los medios. Faltan, lamentablemente, las oportunidades internas y externas de las que el predecesor supo obtener gran provecho. Todo está tranquilo en Europa y, en Francia, la burguesía se enriquece y está tranquila bajo

Luis Felipe. Los polacos le solicitarán al "príncipe" que encabece la insurrección que planean, pero él se rehúsa: demasiado lejos está Polonia, y muy, demasiada insegura; además, Romaña lo ha curado de las empresas periféricas. Cuando actúe, irá directamente a su objetivo. Por el momento, lee, medita; su mesa se cubre de "cartas topográficas" (por lo menos, este es el cuadro que da de sí durante la visita de Chateaubriand); en Suiza es oficial de artillería y todos los años marcha obligatoriamente a Thun para realizar un período de práctica. También redactará, a comienzos de 1836, un "manual de artillería". Mantiene correspondencia con la oposición francesa, la oposición de izquierda. Se muestra liberal, afectando desprecio por el gobierno de Luis Felipe en el que sólo la gente muy rica tiene derecho al voto. Él es el hombre del pueblo, como el Tío, el hombre de las masas. Lafayette (setenta y seis años en 1833, pero siempre en la brecha) lo alienta, le promete su apoyo. Cierto Fialin, Víctor Fialin, que se hace llamar Persigny, se pone a su servicio en 1834. Fialin tiene su misma edad y comparten la misma amante, Eléonore Gordon, una cantante. Este Fialin-Persigny es un "duro", un realista, que se apoya en este sobrino y que desea llegar, imponerse, y asegurarse gracias a él un bello futuro. Muy realista, también, la madre de Luis Carlos. No se conocen lo suficiente —y es importante que se conozcan— los consejos redactados por esta educadora en provecho de su hijo que sabrá asimilarlos. Son de un cinismo perfecto: "Sois un príncipe... Pero vuestro título es de reciente data. Para hacerlo respetar es preciso que os mostréis, ante todo, capaz de ser útil... Si es el pueblo el que sufre, mostraos, como él, oprimido. Recibid a todos, no rechacéis a ninguno, ni siquiera a los curiosos; a la gente que tiene proyectos en la mente; todo esto sirve. El rol de Bonaparte es el de mostrarse amigo de todos... Nunca nos cansemos de repetir que el Emperador era infalible y que existía un verdadero motivo nacional en la base de todas sus acciones... Se termina por creer lo que se repite hasta la náusea". Aún más sabroso es lo que sigue: "En Francia fácilmente se consiguen los mejores resultados en las discusiones cuando se invoca a la historia. Nadie la estudia pero todos creen en ella. Se la puede acomodar según convenga... Vigilad el horizonte. No hay comedia o drama que, al desarrollarse bajo vuestros ojos, no pueda ofreceros algún pretexto para intervenir como un *deux ex machina*".

Y continúa: "Existe un arte de los príncipes, y vos lo aprenderéis, para lograr que las frases se reflejen, por un fenómeno de óptica, de manera tal de hacer ver al pueblo todo aquello que le agrada. Se llega a poseer un lenguaje que tiene la variedad de aquel traje de Arlequín que Florián nos muestra en una graciosa fábula. Cada uno, según sus prejuicios, elije en el mismo



1

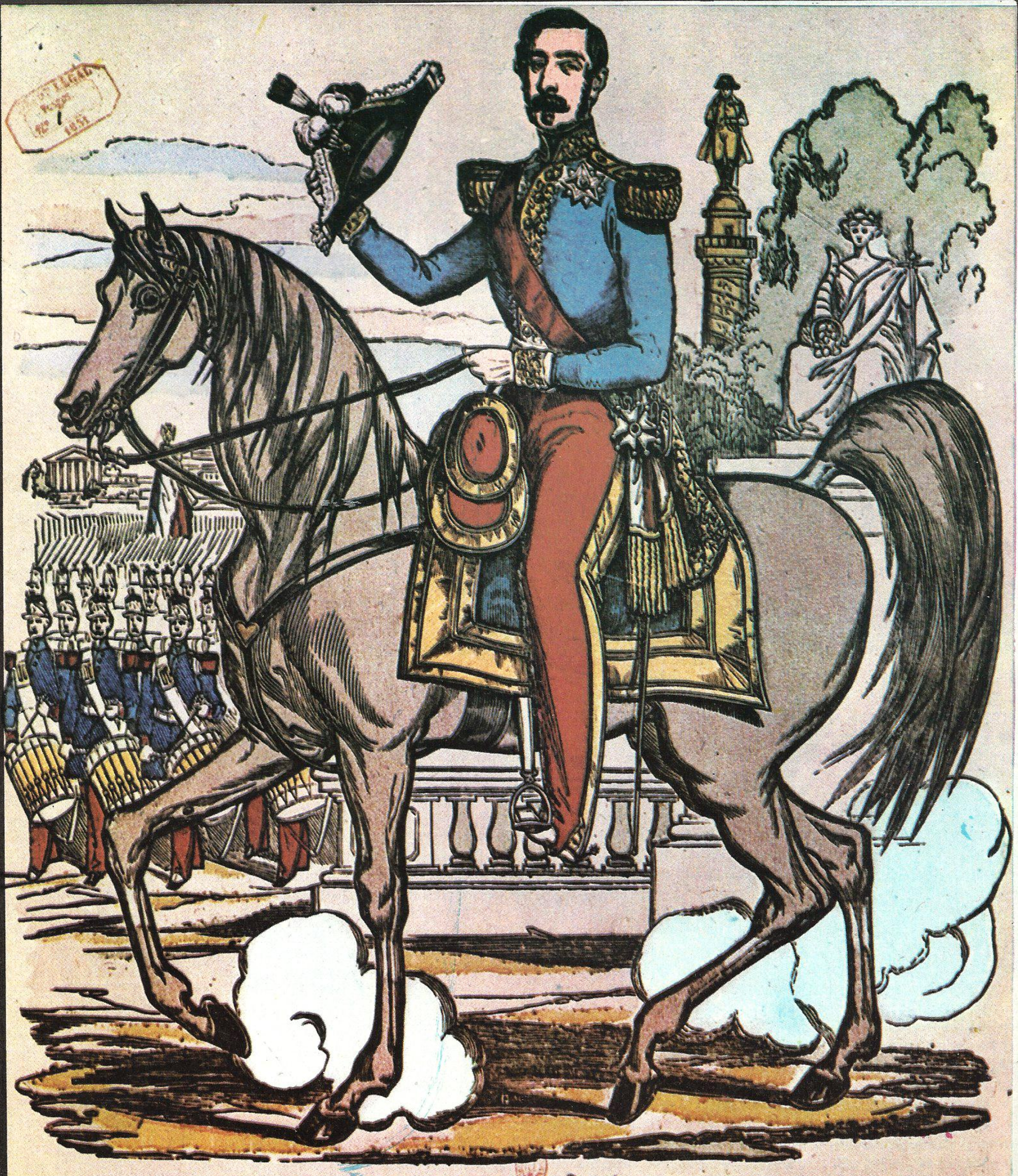
*1. Luis Napoleón. Litografía. París, B. N. Est.*

color que le place". Con esta admirable conclusión: "El mundo muy bien puede ser tomado dos veces con el mismo lazo".
Nada más esclarecedor que tal documento. Los mismos operadores nos advierten debidamente. Cazadores en vista de la presa, a la que tienden el "lazo".

**Estrasburgo e Inglaterra**
Carlos Luis Napoleón Bonaparte, bajo su estandarte de "Sobrino", que es su mayor artificio, se halla ligeramente obstaculizado por su físico. Asume, por cierto, la fisonomía austera de aquel que, hablando poco, habita las más elevadas regiones del pensamiento y dedica la inacción provisoria a la que se ve confinado por la suerte a incesantes reflexiones acerca de la felicidad de los pueblos pero su desgracia es la de no recordar en nada, en sus facciones, al ser providencial, al Hombre predestinado al que él se remite. Ni siquiera hay sombra de semejanza entre él y el Emperador del que pretende seguir las huellas. Además, se presenta mal, por lo menos en la parte inferior de su persona. Un torso largo y piernas cortas, arqueadas. Se muestra lleno de gracia con las señoras, pero se nota demasiado la brevedad de sus extremidades. Lady Holland dirá sonriendo: "Si sólo tuviera piernas un poco más largas . . .". Otro inconveniente aún más penoso: los recursos económicos absolutamente insuficientes para la realización de sus proyectos. Un golpe de estado requiere siempre la preliminar satisfacción de dos condiciones: la adhesión del ejército y dinero, mucho dinero. Mamá Hortensia es persona demasiado astuta para creer por un solo instante que el 18 de Brumario hubiera sido posible sin la colaboración de las finanzas. Lamentablemente, las finanzas florecen, por el momento, bajo Luis Felipe y no tienen motivo para sostener a un pretendiente, aunque sea un Bonaparte.
Es por instigación de Persigny-Fialin que, sin una preparación seria y sobre todo sin los capitales indispensables, el "príncipe" intenta, el 30 de octubre de 1836, sublevar la guarnición de Estrasburgo para marchar con ella sobre París. La absurda tentativa aborta miserablemente. Luis Felipe se muestra magnánimo, con destreza. Considera poco temible a aquel loco joven que desea jugar al emperador, al punto que sólo lo deja quince días en la prisión, le acuerda la gracia, y lo embarca por la fuerza, el 21 de noviembre, hacia América, al mismo tiempo que le concede caritativos subsidios. Un inicio bastante triste para el nuevo Napoleón en el camino de sus aspiraciones. Pero una de las virtudes de que hace gala es la obstinación. Viajando en forma clandestina vuelve a Arenenberg, donde su madre muere en 1837, y luego pasa a Inglaterra. Aquí surgen algunos puntos oscuros que sería preciso clarificar. El "príncipe" se ha alojado en el Carlton Terrace, en Londres; también se menciona uno de los departamentos de lord Cardigan; el alquiler es muy elevado, pero como escribe el 11 de enero de 1839 lord Kirkwell a su amigo Sir Warren Bryce, "el príncipe Napoleón Bonaparte ... se ha instalado cómodamente sin preocuparse por los gastos; el dinero no le debe faltar". ¿Cuál dinero? ¿De dónde procede esta súbita solvencia? Tal vez contrae deudas. Kirkwell observa: "hallaría empréstitos sin dificultades", ya que la sociedad —la buena sociedad, la bella sociedad— británica le prodiga sus caricias; "en la ciudad, desde su venida, se produjo un gran movimiento de curiosidad y de benevolencia . . . ; todos los clubes elegantes lo han elegido como socio; por otra parte, no tiene "nada de ascético; aprecia las faldas, como se dice allende la Mancha"; en enero de 1839, se comenta que le va "muy bien con miss Ettie King, joven estrella apenas surgida en la primera línea de nuestras constelaciones" y se murmura también, con complacencia, que al mismo tiempo "él se dirige rápidamente a los favores de su prima, la duquesa de Hamilton".

**Perfil del "pretendiente". Boulogne**
Otro de los méritos que ostenta Luis Napoleón, y que debe a las recomendaciones de su madre, es el arte de la simulación, el secreto de saber fingir. Sin duda habla con mucho gusto (seguimos citando a Kirkwell) "de las reformas que realizará cuando lleve la corona"; habla de ello con serena tranquilidad, con gran seguridad, como se tratara no de hipotéticas eventualidades sino de certezas evidentes; es un rol que ha aprendido bien, y que forma parte de él totalmente: fingir estar al corriente, conocer anticipadamente el destino por medio de alguna comunicación misteriosa; tiene su "estrella", *lo sabe*, simplemente; sonreiría ante quien pusiera en duda lo que está fuera de toda duda, como la salida del sol por la mañana. Además ha publicado en 1832 y en 1839, dos opúsculos, *Rêveries politiques* [Fantasías políticas] e *Idées Napoléoniennes* [Ideas napoleónicas], donde anuncia que sólo el imperio, tal como él lo concibe, puede resolver el inmenso problema de la autoridad conjunta con la libertad, y que en lo que concierne a la única vía posible para la paz definitiva de Europa, él toma la fórmula del tío: las nacionalidades, el derecho de los pueblos a la autodeterminación; tantas naciones independientes como grupos étnicos creados por la naturaleza. "La idea napoleónica —escribe firmemente, no es una idea de guerra sino un ideal social, industrial, comercial, humanitaria". Luis Napoleón navega según el viento; este mundano es casi un socialista: no más miseria, es intolerable; no más absolutismo patronal, es cosa indigna; no más aduanas, es cosa inicua, etcétera . . .
Pero al verlo rodeado de artistas, muy ocupado con las damas, apasionado de la equitación, tomar parte munido de coraza en la reconstrucción de un verdadero torneo realizado por los Eglinton (en el mismo ha

*1. Luis Napoleón Bonaparte Presidente de la República Francesa. Imagen de Épinal. París, B. N. Est.*



# LOUIS-NAPOLÉON,

## PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE FRANÇAISE.

LOUIS-NAPOLÉON BONAPARTE est né à Paris, le 20 avril 1808, de Louis-Napoléon, frère de l'Empereur NAPOLÉON-LE-GRAND, et d'Hortense-Eugénie de Beauharnais, fille de l'Impératrice Joséphine *la bien-aimée*, et sœur du prince Eugène, dont la devise était *Honneur et Patrie*.

L'Empire était alors à l'apogée de sa puissance; sept ans après, il succombait sous l'effort combiné de toutes les aristocraties de l'Europe et de la trahison de quelques Français, indignes de ce nom.

Après la chûte de l'empire, la reine Hortense se réfugia en Suisse, désireuse que l'éducation de son fils se fît dans un pays libre.

A vingt-deux ans, cette éducation était complète. Nourri des plus fortes études, Louis-Napoléon parlait toutes les langues de l'Europe; il publia plusieurs ouvrages qui fixèrent sur lui l'attention du monde savant et politique.

La révolution de février 1848 lui ouvrit les portes de la France; 6,000,000 de suffrages le portèrent à la présidence de la République. L'Assemblée législative, divisée en plusieurs partis, allait entraîner la France dans d'épouvantables catastrophes, l'Élu du 10 décembre, par une résolution héroïque, congédia cette Assemblée, en appela au jugement du peuple, et 7,500,000 voix viennent de lui confier le pouvoir sans limites de reconstruire l'édifice social sur des bases solides et durables.

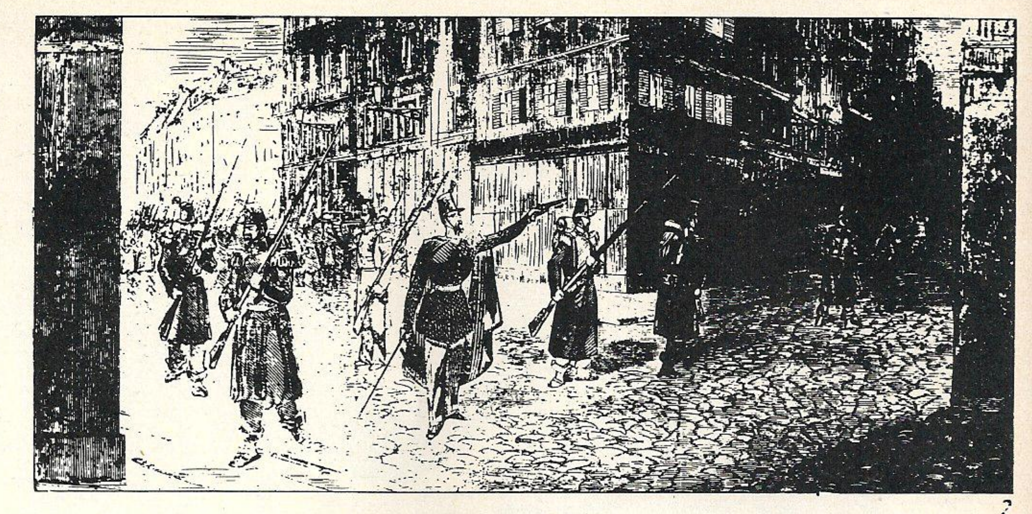
*Propriété de l'éditeur.* (Déposé.)

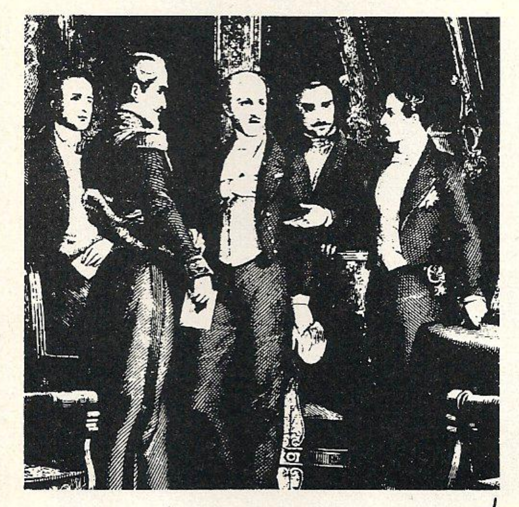
Fabrique de PELLERIN, Imprimeur-Libraire, à ÉPINAL.

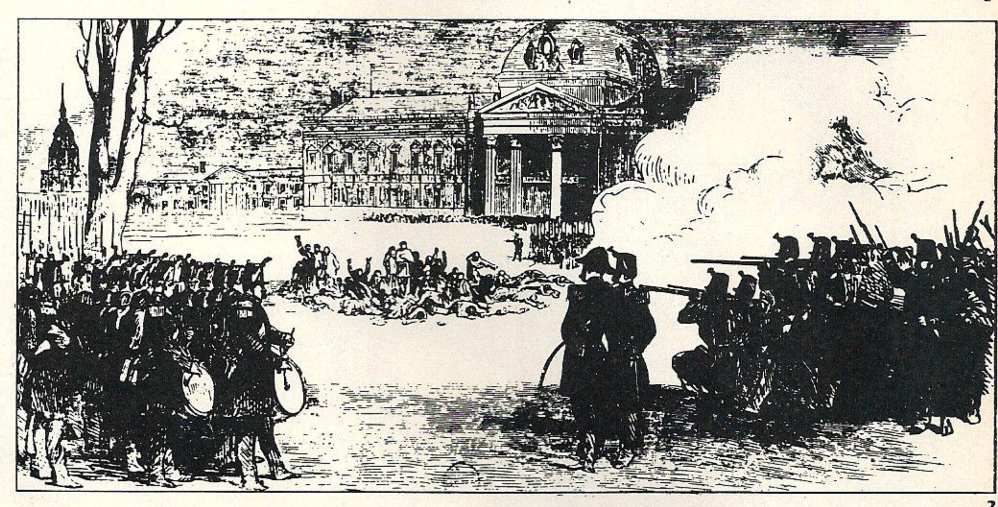
*1. La noche del 2 de diciembre de 1851. París, B. N. Est.*

*2, 3, 4, 5. Los sucesos de diciembre de 1851 en una serie de imágenes del "Illustrated London News".*

*6. Napoleón III. París, B. N. Est.*

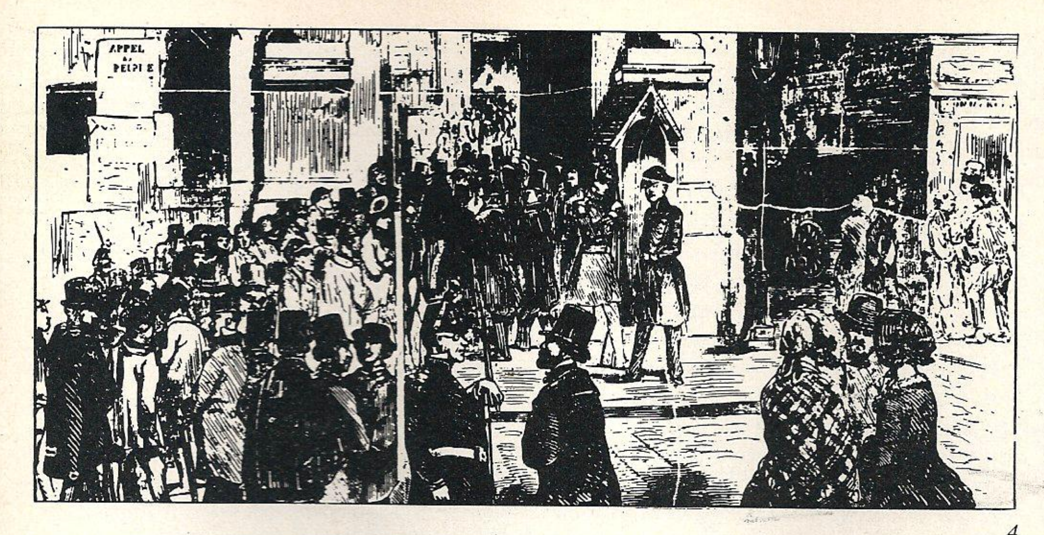

2

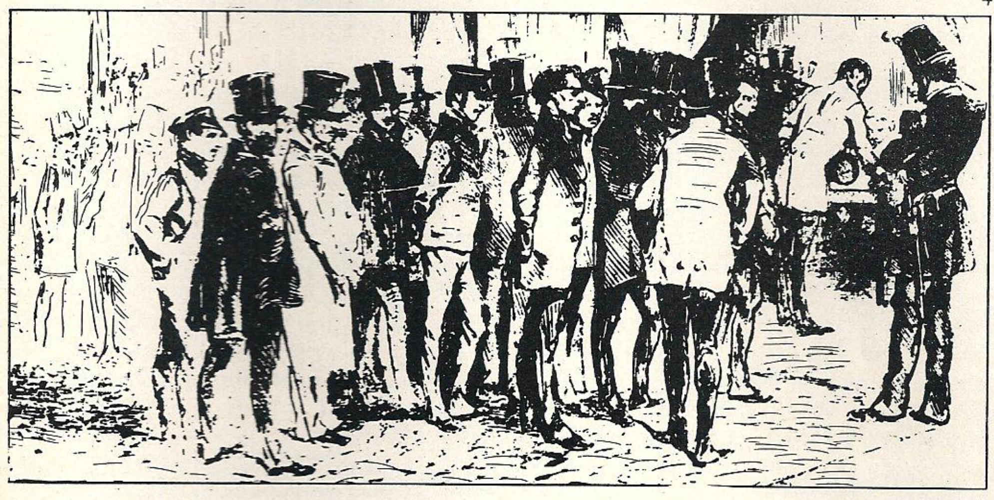

1


3

quebrado dos lanzas", entre ovaciones), sus predicciones imperiales y todos sus propósitos acerca del futuro parecen —y esto es útil, por el momento— la inocente debilidad, la dulce manía de un soñador, de un visionario de bellas maneras y de mundo. Pero él vigila, no cesa de aguardar el momento oportuno. Se cuidará muy bien, esta vez, de arrojarse al peligro sin el dinero suficiente. Y lo que ocurre en Francia luego del 12 de mayo de 1840 parece ofrecerle una ocasión atractiva. Thiers, en el poder desde marzo, para lograr popularidad (los recuerdos de 1834 y de la *rue* Transnonain son lamentables) juega la carta de las balandronadas y del belicismo ridículo, y ha hecho anunciar pomposamente, el 12 de mayo, "el retorno de las cenizas", es decir, el traslado a París, a través del Atlántico y de acuerdo con el gobierno británico, de los restos de Napoleón. El efecto no deja de producirse. El francés medio se agita y los negociantes respiran, sin peligro, aire marcial. Está, sí, aquel execrable Lamartine que no está de acuerdo y que, el 26 de mayo, ha pronunciado duras palabras en la Cámara: "No pertenezco a esta religión", tuvo la osadía de declarar: "no me prosterno ante esta memoria"; ha llamado abiertamente a Napoleón un "flagelo" y también "la reacción viviente del pasado"; ha condenado "las órdenes de indemnización" que tan fácilmente se conceden "al despotismo feliz", como si no hubiera "moralidad más que en el éxito" y mirando a Thiers en los ojos, le arrojó en la cara estas palabras: "No amo a los hombres que tienen como doctrina oficial la libertad, la legalidad, el progreso, y que toman por símbolo una espada". ¡Qué inoportuno, qué aguafiestas este individuo que debería cuidar sus *Meditaciones poéticas* y sus *Armonías*! Pero, en fin, Lamartine no es más que Lamartine. Y están todos aquellos cuellos tendidos —piensa el "príncipe Luis"— en dirección a su "lazo". Silenciosamente, a escondidas, detrás de la cortina de humo de sus diversiones ecuestres (¡qué bien cabalga los corceles y las mujeres!), Luis Napoleón organiza un "desembarco" en Boulogne. Persigny siempre está presente, por supuesto, y también aquel Quérelles que se había distinguido, en Estrasburgo, por su manejo de la espada; a ellos se había agregado el general conde de Montholon, de cincuenta y siete años, aureolado por su permanencia en Santa Elena. También hay un águila; se la ha procurado en Londres, un tanto desplumada, es cierto, pero si logra hacerle batir las alas, es probable que haga su efecto en los imbéciles deslumbrados. Quérelles asegura que con "trescientos gritones", *claque* voluntariosa y bien distribuida, se puede alcanzar el bocado, es decir, Francia. El dinero contante abunda (¿de dónde proviene?) y Luis no lo escatimará. Hace cuatro años, en Estrasburgo, le ha ido mal justamente por falta de dinero. No cometerá el mismo error. ¡Cómo podía tener éxito con aquellas "dos piezas de oro", aquello dos miserables luises que ofrecía "compartir entre los artilleros de cada batería" del cuarto regimiento! Un trabajo mal hecho, perdido Antes de comenzar. Esta vez no escatima el dinero. Con la mediación de un colaborador propone abiertamente "cien mil francos" al general que comanda la región de Boulogne, y habla a cada uno el lenguaje que, a juicio suyo y de sus amigos, debe revelarse irresistible. Cien francos para cada uno, y en dinero contante, a los sesenta hombres que ha reclutado, sin decirles exactamente qué se espera de ellos, y que ha embarcado consigo en el *Ciudad de Edimburgo*. Una pensión de mil doscientos francos ofrecida al brigadier de las aduanas, de la playa de Wimereux. "Seréis pagados, bien pagados", es lo que repite a los hombres del 42 de infantería el 6 de agosto de 1840, en el patio del cuartel, donde ha penetrado a las cinco de la mañana. "¡Yo soy Napoleón! ¡Soy el hijo (*sic*) de Napoleón!". El testigo Fabvre declarará en el proceso: "Un oficial, junto a él, sostenía en la mano un sombrero lleno de monedas de cinco francos que distribuía, diciendo: 'Gritad ¡Viva el Emperador!' ".

Un fracaso burlesco. El "príncipe" disparó sobre el granadero Geoffroy, rebelde a sus argumentos, y le rompió la quijada. Hizo matar a varios pobres diablos que no pudieron disfrutar sus cien francos. Alcan-


4


5


6

zando la playa a paso de carrera, enloquecidos por la derrota, el Sobrino y su banda saltaron sobre una barca para intentar llegar a la nave alquilada. La barca se volcó. Son un príncipe que chapotea entre las olas y un Persigny que escupe agua los que la guardia nacional salva de las aguas y luego encarcela.
La repetición de lo de Estrasburgo tiene lugar, en Boulogne, en pocos instantes, y aún más penosamente. La "estrella" del sucesor brilla maléfica sobre su destino. El Napoleón *redivivo* sufre grandes fatigas en su reencarnación.
Luis Felipe ha creído que no debe recurrir, en 1840, a la misma táctica de indulgencia despreciativa que había utilizado cuatro años antes. No gració ni deportó amablemente al audaz que juega con la pistola y recluta piratas al servicio de sus pretensiones. Lo que podía pasar por la extravagancia de un jovencito ya no vale para este señor de treinta y dos años que se torna fastidioso y, además, nocivo. Veredicto: detención por toda la vida en un fuerte. Será el fuerte de Ham, en el Somme, el que lo albergará; sin ninguna crueldad, por otra parte. El "príncipe" no sólo tendrá comodidad para tener dos niños con la pequeña Vergeot, que trabaja con el portero, sino que será visitado por agradables personas: Eléonore Gordon, siempre ardiente, lady Hamilton, siempre fascinante, y muchas otras. Ha adoptado una vestimenta extravagante pero que considera adecuada para su rol de pacifista, si bien militar en parte: quepis rojo, túnica azul con botones dorados, pantalones grises; en los pies, tranquilizadoras pantuflas burguesas.

**"Napoleón-Louis" publicista**

Bondadoso, el Poder autoriza sus publicaciones, sus artículos en los periódicos de provincia; así es como el "príncipe" pasa a ser redactor ocasional de gacetas del Pas de Calais, de Saint-Quentin, de Orleáns, que se sienten honradas con su firma. Nada desprecia, todo puede servir. Lanza opúsculos en los que se atestiguan la universalidad de sus conocimientos: sobre el *Azúcar de remolacha*, sobre las *Corrientes eléctricas*, sobre el *Pasado y el futuro de la artillería*, sobre el *Proyecto de canal de Nicaragua*. Propaganda inofensiva cuya inocencia sirve de pasaporte a un pequeño tratado menos ingenuo del que poseo un ejemplar. Es un librito de cincuenta páginas, editado por Pagnerre (un gran editor parisino). Sobre la cubierta verde: *Extinction du Paupérisme* [Extinción del pauperismo]; debajo *"du prince Napoléon-Louis Bonaparte"* (obsérvese la inversión en el orden de los nombres). Abajo, la fecha, 1844. Mostrando una deferencia no lejana a la piedad, Octave Aubry, en su *Napoléon III* de 1929 escribe apenado: "Luis siempre amó a los humildes. Sufre por la miseria de ellos". Pongamos las cosas en claro. La condición del proletariado, bajo el régimen de Julio, era tan monstruosa (una mortandad ininterrumpida de niños, de los que sólo cuatrocientos sobrevivían de veinte mil a la edad de siete años en el *ghetto* obrero de Lille; media de vida probable de los tejedores de Alsacia: veinte meses, etcétera) que no era necesario estar dotado de poderes proféticos para prever una explosión. Muchos la esperaban. Lamartine la anunciaba desde 1834. Para el hombre del lazo, que no abandona su instrumento, hay preparativos que realizar en tal sentido, una maniobra ya predispuesta por las cosas. ¿Cómo es que no lo ha advertido antes? Su madre le había impartido la lección claramente: "es necesario que os mostréis, ante todo, capaz de ser útil", en otras palabras, haced creer que con vos, detrás de vos, los intereses colectivos hallarán su utilidad. ¿Por qué no el proletariado? Con su *Extinction du Paupérisme*, el "príncipe Luis" le ha dado a su lazo la forma de un nudo corredizo. Un golpe maestro si abandonando —por el momento— su tema de la redingote gris y del sombrero, y actuando como reformador social, logrará concentrar sobre sí las esperanzas de los hambrientos. ¿Cuántos proletarios hay en Francia? Él mismo, en su opúsculo, indica una cifra: hoy, dice, en Francia, "veinticinco millones de hombres viven diariamente del trabajo". ¿Bella cifra, no? Tener a esta masa con uno significa vencer la partida a ojos cerrados. Y

siempre el mismo texto, tres páginas más adelante: "Hoy... sólo se puede gobernar con las masas".
La reina Hortensia le había dicho, recordemos: con los oprimidos, haceos también vos el "oprimido". Hijo dócil, él sigue el consejo, tanto más oportuno porque la voz que él desea hacer sentir es la de un prisionero. De ahí su conclusión, al término del prefacio (datado: Fuerte Ham, mayo de 1844): "Es natural, en las adversidades, pensar en aquellos que sufren". A decir verdad, para aquellos huéspedes del infierno que son los obreros bajo Luis Felipe, su confortable cautiverio de Ham, ornado con tantos deleites, sería el paraíso, pero los tontos a los que piensa seducir lo imaginarán en una oscura prisión. Tampoco da señales de timidez; por el contrario, se muestra viril, impetuoso, fogoso, vehemente. "La industria", proclama este héroe de los humildes, este paladín de los explotados, "la industria es una máquina insensata que tritura con sus engranajes a los hombres así como a la materia"; ella "arroja sobre el pavimento, cuando ya no sabe qué hacer con ellos, a los seres que para los enriquequecidos han sacrificado sus fuerzas, su juventud, su existencia...; ella sólo vive de la muerte de ellos". ¡Alto allí! La clase obrera, "pueblo de ilotas en medio de un pueblo de sibaritas" "carece de organización, carece de derechos"; "es preciso darle derechos" en este "mundo egoísta, dominado por la feudalidad del dinero". Él, el príncipe Napoleón Luis Bonaparte, ha descubierto su misión, "elevar a la clase obrera" a la que desea que finalmente se le haga "justicia". Le consagrará sus noches, su buena voluntad, su prestigio y, gracias a él, "pronto" se podrá gritar: "¡el triunfo de las ideas democráticas ha destruido al pauperismo!". Ésta es su última frase.
Ha encontrado la panacea: las "colonias agrícolas" que valorizarán las tierras incultas del país, y Dios sabe que existen; un verdadero escándalo. Sigue una serie impresionante de cálculos y de tablas que establecen su competencia de economista. Un informado, un docto, que no habla si no tiene nada que decir y que no se contenta con ideas vanas. La demostración rica en cifras tiene fuerza de evidencia. Este inspirado conoce la solución. Solución que, por otra parte, no perjudica a la industria privada, ya que Napoleón Luis consideraría reprobable importunar a los gentileshombres. (Recomendación de Hortensia: ser "el amigo de todos"). No está entre aquellos que intentan quitar a la industria "su libertad". ¡Sigamos, entonces! Libertad ante todo; libertad por doquier. Hay también una fórmula menos literaria que burda: "¿Es necesario matarla [a la industria privada] porque ella mata?" ¡No! ¡No! "Basta con curar a sus heridos, prevenir sus heridas" (dos cosas bien distintas). En cuanto a los socialistas —que tiene el cuidado de no designar con este nombre— ni severidad ni aspereza. El príncipe no se compromete. Se limita a observar, rápido, que con el sistema que él propone, las teorías "anticuadas que se atribuyen, con razón o no, a algunos hombres desaparecerán como (admiremos al escritor que atempera inmediatamente la aridez de las cifras con la gracia de las imágenes poéticas) locas brisas que encrespan las superficies de las aguas... en presencia de un viento real (el que proviene de sus pulmones)".
También mantiene correspondencia con los grandes espíritus de la época —los razonables, se entiende, aquellos tratables, los amigos del Progreso y de la Libertad— no aquel detestable Lamartine, insensible a la majestad napoleónica, sino los Odilon Barrot, los Bastide, los Ledru-Rollin, sin olvidar, naturalmente, a madame Sand, pitonisa de la emancipación.

## Fuga a Inglaterra

Luis Napoleón pasará en Ham seis años, o cerca de seis años. Se aproxima a los cuarenta años. Se impacienta. A los cuarenta años, el tío era emperador desde hacía un lustro. Estas dilaciones del destino lo irritan. La gloria y la opulencia tardan demasiado en venir. El 25 de mayo de 1846 el príncipe se despide de la fortaleza, por placentera que ésta sea. Algunos albañiles proceden a mejorar sus habitaciones. Dado que, como se sabe, siempre ha "amado a los humildes", y hasta se ha convertido en portavoz de éstos desde 1844, ¿por qué no transformarse, por un instante, en uno de ellos? Escapa disfrazado de proletario: gorra, blusón azulado, pantalones de tela zuecos. Se ha afeitado los bigotes y se ha teñido el rostro: aquéllos, los del pueblo, son todos más o menos alcoholistas. Entre los dientes una pipa, sobre la espalda una pala, y arrastra los pies. Éxito completo. La clase humilde tiene sus méritos. Thélin, su cómplice, lo espera en calesa frente al cementerio de la villa. Se desembaraza de los harapos y recobra su dignidad de hombre de mundo. En Valenciennes toma el tren. Por la noche se encuentra en Bruselas. Va a Londres, naturalmente, donde tiene tantos amigos. Allí esperará los sucesos que no pueden dejar de ocurrir en París.
Nuestras informaciones, una vez más, son insuficientes, y desearíamos saber más acerca de la segunda estada del pretendiente en Inglaterra. ¿A quién ve? ¿Qué intrigas ha podido tramar? No es hombre de adormecerse mientras no haya conseguido su presa. Su padre ha muerto, en Livorno, a principios del año 1846. El "rey Luis" no sentía ninguna predilección por este hijo, por otra parte sospechoso, y había desaprobado públicamente sus empresas. Le dejaba bienes, sin embargo, y llegado el momento —es decir, cuando las cosas, en Francia, tomen un giro interesante— Luis Napoleón hipotecará todo por 23.000 liras. Hallar el dinero para los próximos movimientos es la principal preocupación de este hombre tenaz, y si se ha convertido en el amante oficial de Henriette Howard, "leona" británica que ha dejado por él al conde d'Orsay, es porque entre otras seducciones, verdaderamente encantadoras, miss Howard era riquísima y ponía su fortuna a disposición del príncipe.

## La República de 1848

Febrero de 1848. Finalmente, Francia se mueve. En tres días, Luis Felipe ha sido destronado, y ello ha ocurrido porque los obreros se han movilizado. Nueva, inédita, infinitamente grave, esta revolución, bien diferente del movimiento de 1830 que tenía en su ofensiva a los banqueros con su hombre *factotum*, Benjamín Constant. En febrero de 1848, por lo contrario, entre los hombres de negocio desde hace tantos años en el poder —en realidad, desde Termidor (y el 18 de Brumario, alianza de la industria, de la finanza y de la espada, no fue concebido más que para consolidar tal poder)— domina la preocupación. El entero sistema está en peligro, el viejo y seguro sistema claramente definido por Voltaire: un país organizado es aquél en el que "la minoría hace trabajar a la mayoría, es nutrida por ésta y la gobierna". Los "nutridos", también llamados los mantenidos, se preocupan porque la "mayoría", de pronto, reclama, se torna indócil. Desde los últimos días de febrero, el "príncipe Luis" se ha precipitado a París, para husmear los aires. No ha insistido, y ha vuelto a Londres. Demasiado pronto. Dejar madurar la situación. Con Lamartine en el gobierno provisorio, nada se puede hacer por el momento. Pero se terminará con él, y probablemente muy pronto. Los proletarios son de una estupenda necedad. Ni siquiera supieron extender las manos sobre el Banco de Francia, y escuchan todo lo que le dicen, elevando himnos en honor de aquellos (la *Revue des Deux Mondes* es lírica, y *L'Univers* de Veuillot estalla en ladridos de ternura), de aquellos que sólo tienen un pensamiento: apenas reordenados ejército y policía, devolver esta canalla al lugar que les corresponde con los medios apropiados. Persigny ha quedado en París, para no perder tiempo. Objetivo inmediato: hacer caer a Lamartine. Primera manifestación de derecha que tiene lugar contra el Gobierno Provisorio (16 de marzo, el movimiento de los "birretes de piel"): Persigny está allí para desgañitarse, lleno de ardor en su tarea de excitar el descontento. Las elecciones para la Asamblea nacional deben desarrollarse el 23 de abril. Luis Bonaparte no presenta su candidatura aunque los suyos (Ferrère, Laity, Persigny, el general Piat) lo incitan; se ha negado a escucharlos. ¡No todavía! ¡No todavía! Esperar un poco. Demasiado apuro perjudicaría. Pero lo que él pide a estos furiosos apetitos que debe contener (¡y también el suyo! ¿o piensan que él no lo tiene? Y grande es el suyo, directamente enorme), es un poco de paciencia, nada más; el príncipe Luis está persuadido de que las cosas no se prolongarán, a tal punto están encendidos los intereses,

tan inquieta está la finanza, tan intolerable considera la propiedad irritada lo que antes, en el pánico, había aplaudido, honrado, para conservarse intacta. El ejército retoma su consistencia. Todo indica la inminencia de un "golpe" de la "minoría" destinado a recordar a la "mayoría", su normal función de obediencia pasiva y laboriosa. Será entonces cuando intervenga él, el príncipe. "No os mostréis abiertamente hasta el momento oportuno", otro de los consejos manuscritos de la madre. Está por sonar la hora "oportuna"; ya es tiempo, ha cumplido los cuarenta años.

Al haberse adoptado en abril candidaturas múltiples (en virtud de las cuales Lamartine había sido elegido en diez departamentos), las opciones hicieron necesarias las elecciones complementarias, fijadas para el 4 de junio. La tensión no dejó de aumentar entre Lamartine y la mayoría de la Asamblea. En el rol de republicanos entusiastas, los nobles se han hecho elegir en las campañas; la Asamblea está compuesta de castellanos, delegados en París de sus campesinos sometidos. Estos "gentileshombres" —así se autodefinen— habían tomado a Lamartine, castellano al par de ellos, por un astuto impostor al servicio del capital, cuya política consistía en engañar sagazmente al monstruo popular hasta tanto los habientes estuvieran en condiciones de devolver enérgicamente "la sociedad a sus bases". Estupor, indignación, por parte de estos "defensores de la familia y de la propiedad" (del tipo de Montalembert) cuando por fin debieron comprender que Lamartine no utilizaba máscaras y que deseaba, con toda sinceridad, los cambios; que meditaba cosas atroces como la supresión de la sustitución en el servicio militar, los impuestos a los réditos, la nacionalización de los ferrocarriles. "En el mundo del comercio y de los negocios, constata el historiador Pierre de la Gorce, sabio e inteligente, no existía más que un grito: ¡terminar de una vez con él!".

El hijo de Hortensia considera llegado el momento de dar un paso. Solamente un paso. Lanzar su nombre, para comprobar su crédito. Presenta (más exactamente, permite que se presente) su candidatura. La iniciativa obtiene buenos resultados: es elegido, tres veces elegido, en realidad, en París, en Yonne y en Charente-Inférieure. Magnífico. El trampolín funciona. Es correcto lo que suponía. Se cuida, por el momento, de ir más allá, porque la sangre está por derramarse y sus manos deben continuar limpias. La sangre ya ha corrido, a fines de abril, en Rouen. Una "burguesía rica y amiga del orden", saludada en estos términos por el católico *Correspondant* del 16 de mayo, ha hecho disparar —y con el cañón— sobre un grupo de trabajadores desarmados; treinta y cuatro muertos, cincuenta y tres heridos, más de doscientos arrestos (ni un solo muerto de la parte de los tutores del "orden"; apenas "algún herido leve"). Odilon Barrot no oculta su gratitud, la admiración que siente por el procurador-diputado Sénard (la Asamblea lo elegirá como presidente), responsable e iniciador de la masacre; justamente él, dirá Barrot, fue el que "diera la orden de comenzar el fuego"; honor a este gran "acto de coraje civil, muy raro (*sic*) en nuestra Francia". Y Tocqueville, por su parte: el pavoroso "movimiento de febrero" sólo podía ser dominado mediante "una batalla librada en París", y en cuanto a la regulación de cuentas con los proletarios, era preciso aprovechar "la primera ocasión". El ejército, bajo Cavaignac, está pronto. La propiedad está por pasar a la ofensiva.

**Una campaña electoral personal**

Luis Bonaparte, hábil táctico, no deseó mezclarse. Que primero tenga lugar la batalla. Él sólo se mostrará a continuación, para recoger los frutos. Lo importante es que su nombre circule y se engrandezca, y es eso justamente lo que ocurre, en un clamor exaltado. Los Bonaparte está siempre bajo el yugo de la ley de 1832 que les prohíbe atravesar el suelo francés. El príncipe Luis no tiene ningún deseo de sentarse en la Asamblea; está decidido a no comprometerse ni con aquellos (del tipo de Thiers) que intentan provocar una insurrección para poder darle al proletariado la "lección" que se merece, ni con los insurrectos. Pero le urge saber qué decidirá la Asamblea en cuanto a él, y poder así hacer la cuenta de los eventuales aliados que hallará en el Parlamento. En la discusión de su caso —¿era, sí o no, elegible?— Lamartine se pronuncia, el 12 de junio, contra la convalidación, y la "irrisoria República" que encarna este pretendiente. Pero Jules Favre, relator (volveremos a encontra a este personaje), Jules Favre que conoce el odio que contra el poeta alientan los conservadores y que él apoya y aprovecha, Jules Favre concluye en favor de la admisión. La Asamblea, por supuesto, lo sigue. No es que los propietarios tengan por el "príncipe" un real interés; son más o menos todos monárquicos (los unos legitimistas, los otros fieles a la estirpe de Orleáns; y Thiers calcula, desde ya, que el desacuerdo le permitirá, personalmente, una grandiosa ascensión), y tienen al alcance de la mano, con Cavaignac, el "sable" del que tienen necesidad para la "lección" a los esclavos. Pero bastaba con que Lamartine —el hombre a abatir— hubiera opinado en *contra* a propósito de este "Napoleón" dudoso, sin peso, un tanto ridículo, para que su elección se desarrollara en sentido contrario. Apenas convalidada su elección, el príncipe Luis, satisfecho, presenta su renuncia (15 de junio). No desea, dice, agregar nada a las dificultades ya existentes; pero que se sepa, de todos modos, que "el nombre que llevo es un símbolo de orden y de gloria" ("orden" es la palabra clave, en junio de 1848, la palabra de la situación, para toda la gente de bien; en cuanto a "gloria", ésta es para la multitud; la gloria



1

*1. Napoleón III. Milán, Museo del Resurgimiento.*

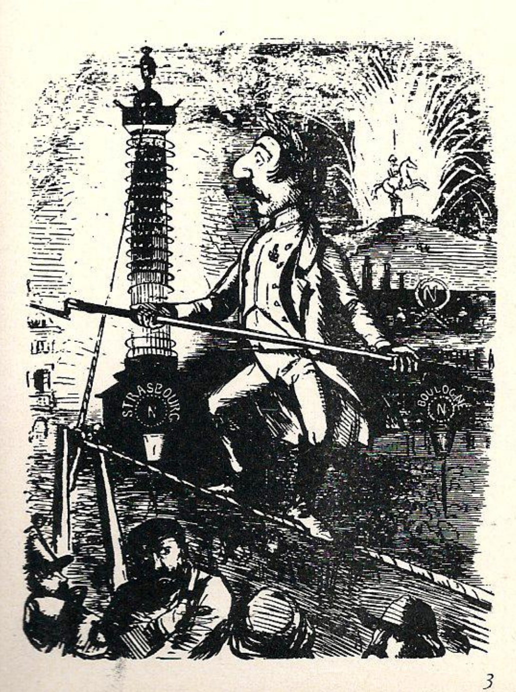
*En la página siguiente:*

*1, 2, 3. Luis Napoleón visto por "Punch" (1852).*



1


2


3

sustituye al pan). Un aviso, en fin, una advertencia, un anuncio: "Si el pueblo me impone deberes (perífrasis necesaria), sabré cumplirlos".

Miss Howard le ha prestado dos millones. No es poco. Pero el pequeño clan bonapartista gasta tanto dinero que es difícil no sospechar alguna otra fuente. Otro punto oscuro. Todo es tan discreto, siempre, en materia de finanzas, que es preciso, me temo, perder la ilusión de saber cuáles banqueros, de Francia o de otros países, particularmente sagaces y de gran discernimiento, comenzaron desde la primavera de 1848 a ver en Luis Bonaparte a la mejor garantía de la seguridad presente y de la prosperidad futura. Lo seguro es el pulular en París, en mayo y junio de 1848, de periódicos que aparecen como hongos y con títulos elocuentes: *Le Petit Caporal*, *Le redingote grise*, *Le Napoléonien*, el *Napoléon Républicain*, *L'Aigle republicaine*, *La Constitution, journal de la République napcléonienne*, para no hablar de otros folios extremistas y arrebatados: *Le Père Duchesne*, el *Robespierre*, el *Tosain des Travailleurs*, *La Carmagnole*; todas estas publicaciones de las cuales los "rojos" no habrían podido mantener los gastos surgen por todas partes, sembrando el terror, y en todo conforme a la terrorífica imagen que conviene difundir de un "comunismo" amenazante, expoliador, sanguinario. Todo sucede como si el "príncipe", hábilmente, se ofreciera al mismo tiempo, para defenderlos, a explotados y a explotadores. El acento de la propaganda está puesto, en este momento, en las afirmaciones "de izquierda"; se trabaja entre los obreros, pero con leves guiños de ojos hacia la derecha. En suma, Luis Bonaparte se propone a los "gentileshombres" para hacer, en cuanto a la plebe, el juego que no ha sabido —ni deseado— hacer Lamartine. "¡Pueblo! —grita el *Napoléon Républicain* del 11 de junio— cuando tus representantes violan sus mandatos, recuérdate de la bandera roja y del coraje de tus hermanos en 1793"; "en lugar de un rey que nos despoja —grita un manifiesto bonapartista— tenemos cinco que se ceban a costa nuestra". (Se trata de la comisión ejecutiva del 9 de mayo, de la que aún es miembro Lamartine.) La figura del sobrino desarrolla, además, una campaña contra los metecos y los judíos.

Todo va bien. Monsieur de Falloux, ayudado por Montalambert —dos hombres eminentes del "partido religioso"— han sabido conducir resueltamente las cosas. Poniendo en la calle, de un día al otro, a los cien mil obreros de los talleres nacionales, han logrado la insurrección, y los cañones de Cavaignac han hecho un óptimo trabajo durante las "jornadas de junio". Ahora se trata de elegir un presidente para esta República que es casi un Directorio y donde el proletariado dominado, desangrado, ya no se agita.

El 17 de setiembre, nuevas elecciones complementarias. Luis Bonaparte se presenta; ahora dispone, para toda Francia, de gran cantidad de dinero (el enigma se torna mayor: ¿de dónde proviene esta prodigalidad de capitales?), opúsculos en profusión, biografías presentadas como se debe, retratos, hasta medallas. Resultado: cinco elecciones en lugar de tres: en París, donde el *bigote y barbita* totaliza 110.752 votos, veinticinco mil más que el 4 de junio, otra vez en Yonne y en Charente-Inférieure —dos baluartes éstos, decididamente— y ahora en Mosela y en Córcega. Está en óptimas condiciones para obtener la presidencia, tanto más que Cavaignac (Falloux y sus amigos nunca han visto en Cavaignac más que un "extra", un dométicο ocasional, al que se le ha confiado el grueso del trabajo, es decir, la indispensable "operación carnicera", pero al que estaban decididos a despedir, una vez cumplido su sanguinario mandato), Cavaignac ya no tiene de su parte a la gente de bien. Desde el 21 de julio, la marquesa de La Grange observaba en su diario: "Se teme que el general no esté a la altura". Aunque exangües, los Barrios [obreros] siempre inspiran temor. La Bolsa se esfuerza por consolidarse. Y Cavaignac-el-Verdugo es execrado por la "multitud", tan peligrosa por el solo hecho de que *es* multitud.

A los obreros, en cambio, no les disgusta Luis Napoleón. Muchos de los insurrectos de junio volcaban en él sus esperanzas. Son los proletarios que cantaron, con un ritmo de tres tiempos, el 17 de setiembre: *"Po-lé-ón Nous l'au-rons"* [Tendremos a Poleón], y el personaje, cuando habló por primera vez en la Cámara, ha tratado de fortalecer sus expectativas. Busca las palabras, que pronuncia con acento germánico, resabio de los años que pasara en Turgovia; un "cretino", murmura el pequeño Thiers, quien no se siente aún en posición de soplar la presidencia y que considera las ventajas de colocar, temporariamente, a este homúnculo. La Constitución (artículo 45) afirma que el presidente no es reelegible. Perfecto. Thiers se resigna a la idea de un aprendizaje en el Elíseo, por cuatro años, del Interino; con este Bonaparte un tanto estúpido, ninguno de los partidos serios, los legitimistas y los orleanistas, prevalecerá sobre el otro; éstos se vigilarán, intentarán jugarse malas pasadas, cada uno en favor del propio pretendiente, y el mismo Thiers se insinuará así entre ellos, los engañará a todos, se hará elegir presidente en 1852. Entonces, adelante, en favor del "príncipe". Los sabios, por su parte, quiero decir los realistas a los cuales poco importa el color de la bandera y el nombre del régimen, mientras se salvaguarde lo esencial —es decir, la perennidad del sistema económico y social, y la omnipotencia del dinero— los sabios, en el otoño de 1848, consideran con ojos cada vez más benévolos la campaña que se va desarrollando: la Asamblea, el 11 de octubre, ha abolido la ley de 1832 acerca del destierro de los Bonaparte.

**¡Presidente de la República!**
El príncipe se prodiga; ve a todos; no omite a una sola de las visitas capaces de proporcionarle sufragios; a cada interlocutor le habla en el lenguaje apropiado. A Víctor Hugo, a quien los "miserables" atormentan (su gran novela de 1862 se viene preparando desde 1846), Luis Bonaparte se le presenta como "el candidato de las clases sufrientes"; frente a Armand de Melun, bravo hombre muy ocupado en obras de "caridad" y de ayuda, llega a evocarle la *Extinción del pauperismo* y le confiesa su verdadera "pasión": "La pasión de la felicidad del pueblo"; pero agrega, ya que Melun no tiene nada —¡Dios lo preserve!— de revolucionario, que sólo siente repugnancia por aquel vil "socialismo que suprime la libertad". En cambio, con Proudhon se siente cómodo, burlándose de Cavaignac y de su "estado de asedio"; y Proudhon constata que el príncipe se ha mostrado "de acuerdo con [él] en casi todo". En presencia de Montalembert, que teme mucho a los "rojos", que execra a Lamartine, a Ozanam, a Lacordaire y que no está lejos de considerar al mismo Melun como subversivo, el candidato Luis declara pensar en el futuro y promete, para el caso de ser elegido, una buena ley sobre la enseñanza, de la que podrán alegrarse los católicos y todos los hombres honestos, ya que el clero controlará todo, este precioso clero cuya principal función es la de enseñar a los pequeños plebeyos el respeto por los bienes ajenos y por las jerarquías sociales: a los resignados, el Paraíso, a los "ladrones", también llamados socialistas, el Infierno. ("Abstenerse y respetar, he aquí toda la doctrina social de la Iglesia", declaraba en la tribuna un Montalembert efervescente por reconducir a la razón a los católicos-traidores de *La Nueva Era* con todas sus deletéreas fábulas acerca del cristianismo y los pobres.) En confianza, Luis Bonaparte, tranquilo hombre de placer y volteriano, no oculta a Persigny que los "hombres negros" (del tipo de Béranger) le fastidian, le exasperan y también le "disgustan" (*sic*); pero se es positivo o no se lo es, y los "hombres negros" constituyen, con el sufragio universal de los analfabetos y la audiencia que conservan, por fortuna, entre los imbéciles, una fuerza sustancial. Transformar a éstos en empleados a su servicio, es una empresa que el "príncipe" mide en su justo valor, y a toda costa desea reservarse el éxito de la misma.
En una época tomó parte en una revuelta de pésimo gusto contra la autoridad civil del papa. Pecado de juventud, que trata de hacer olvidar. Nuevamente el papa tiene desacuerdos con sus súbditos italianos, y Cavaignac, embarazado, pero tratando también él de obtener los votos clericales, afirma que la República francesa protegerá la "libertad" del Soberano Pontífice. Luis Bonaparte ha cometido la estupidez de abstenerse durante la votación a favor de la intervención. Montalembert le persuade en el sentido de reparar este culpable error, y el "príncipe" dirige a Louis Veuillot una carta abierta que *L'Univers* publica el 2 de diciembre, con el comentario de Montalambert: "El gobierno, según la expresión del señor Cavaignac, no ha pensado más que en proteger la 'libertad' del Soberano Pontífice. En esta carta, el señor Luis Bonaparte habla de la libertad y de la 'autoridad del papa'". Conclusión: Bonaparte es el mejor oferente. ¡Viva Bonaparte! Y el "príncipe" aumenta la dosis, escribe al nuncio y grita: "El mantenimiento de la soberanía temporal del venerado jefe de la Iglesia está íntimamente ligado al esplendor del catolicismo". ¿Qué más? La superioridad del artículo Bonaparte con respecto al artículo Cavaignac, a ojo de los conocedores, está especialmente en la atracción que el primero ejerce sobre los campesinos, por un lado, y sobre una parte de la masa obrera, por el otro. Los propietarios —un señor de Vigny, por ejemplo, quien ha sentido enorme alivio al ver a los campesinos, hasta más de cien kilómetros de París, perseguir "como animales salvajes" a los "malhechores" de junio (es decir, a los obreros, a los hambrientos, a los explotados que cayeron en la insurrección del conde de Falloux y de un grupo)— no hacen más que repetir a los campesinos que los "comunistas" estarán allá pronto, con el cuchillo entre los dientes, dispuestos a apoderarse de sus calzas de lana y que el sobrino del emperador será el salvador. de ellos. En cuando a los hombres de gorra de los "barrios de la indigencia y del trabajo" ("indigencia" y "trabajo" van del brazo, y *La Revue des Deux Mondes* acoge estos términos, con total inconsciencia) el comportamiento de la legión XII —la peor de todas, infectada de proletarios— ¿no es reconfortante? Su error ha sido Barbès, el "incendiario", luego de su atentado del 15 de mayo. ¿Y a quién reclamaron como coronel, en el lugar de Barbès? A Luis Napoleón, precisamente. Disposiciones favorables a tal punto no se pueden descuidar. El señor de Sainte-Aulaire describe así, frente al señor de Barante, fascinado, la opinión de la plebe: "No queremos a Enrique V porque es un noble; no queremos a Luis Felipe porque es un burgués; pero Bonaparte es para el pueblo, ¡y a él queremos!". Persigny explica sin misterios y con la pluma en la mano el procedimiento a seguir: "Una vez que mostremos a las clases burguesas que el nombre de Luis Bonaparte es una fuerza a los ojos de las masas, no será difícil hacerles entender que esta fuerza será empleada en ventaja del orden"; sabrán pronto que con nosotros, ellos no tienen "nada que temer y pueden esperarlo todo".
La *rue* de Poitiers —donde se reúnen los mejores cerebros del partido conservador— ha quedado, por un tiempo, circunspecta. El conde de Saint-Priest reconoce que la candidatura del príncipe, apoyada por "un partido en efecto heterogéneo", primero había "despertado sospechas" muy comprensibles; pero declara que, recibidas las informaciones, realizada la encuesta, estas alarmas ya han "desaparecido por completo". Hoy —declara a su vez *La Revue des Deux Mondes*— no dudamos ya de que el señor Bonaparte se halle entera y debidamente dedicado a la santa causa de la propiedad". La familia Broglie da su aprobación, y Molé, y Barrot, y la legitimista *Gazette de France*. Dejemos hacer al "desventurado pensador de Ham", aconseja el republicano (a la moda) Émile Ollivier. Persigny se regocija. "Casi toda la banca, todo el comercio, toda la burguesía de París lo aceptan".
El 10 de diciembre de 1848 Luis Napoleón Bonaparte fue elegido presidente de la República con 5.434.000 votos (contra 1.444.000 de Cavaignac, 370.000 de Ledru-Rollin y... 18.000 del pobre Lamartine). El 20 de diciembre prestaba juramento. La revolución de febrero había suprimido el juramento político; la Constitución sólo había mantenido el juramento del presidente. Como escribirá, en términos exactos, Víctor Hugo: "A la inversa de la ficción monárquica en la que el pueblo prestaba juramento al hombre investido del poder, era el hombre investido del poder quien prestaba juramento al pueblo. El presidente, funcionario y servidor, juraba fidelidad al pueblo, soberano (...) Los representantes eran inviolables, y él no lo era (...) Por ello, en tal juramento había una solemnidad que desgarraba el corazón".
He aquí el juramento prestado por Luis Bonaparte: "En presencia de Dios, y frente al pueblo francés representado por la Asamblea Nacional, juro ser fiel a la República democrática, una e indivisible, y cumplir con todos los deberes que la Constitución me impone".
Aquí agregó estas palabras: "Los sufragios de la Nación y el juramento por mí acá prestado dirigen mi conducta futura. Mi deber está signado. Lo seguiré como hombre de honor. Veré enemigos de la patria en todos aquellos que intenten subvertir, por vías ilegales, lo que Francia entera ha establecido".
Treinta y cinco meses más tarde, Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la República, abolía la Constitución, proclamaba el estado de sitio en París y, con la fuerza, instituía su dictadura.

**El ascenso al poder absoluto**
¿Qué había ocurrido en aquellos treinta y cinco meses?
El arribista realizado se había ubicado allí donde la madre, desde la infancia, le había enseñado a dirigir sus deseos. Aquí está como jefe de Estado, en París. Magnífico. Y téngase en cuenta que, en su corazón, no es cuestión, *no puede* ser cuestión (es inconcebible, es absurdo) el abandonar nunca esta posición suprema que finalmente ha conquistado, a los cuarenta años de edad. Ha jurado respetar la Constitución

*El Segundo Imperio:*

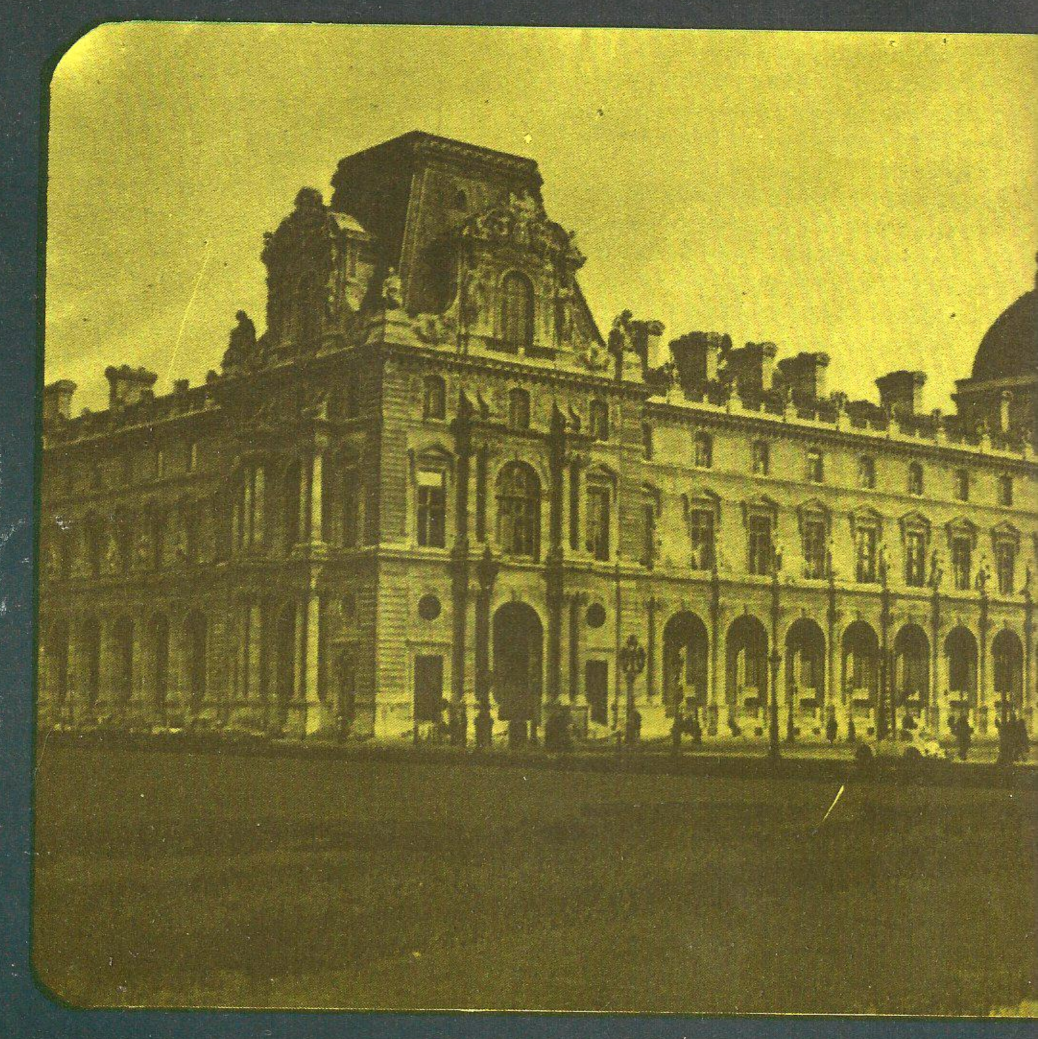
*1. Vista del Nuevo Louvre (1852-1857).*

*2. La Ópera de París.*

*3. El Bois de Boulogne: vista del Gran Lago.*

*4. Cuna del príncipe imperial (1856). París, Musée Carnavalet.*

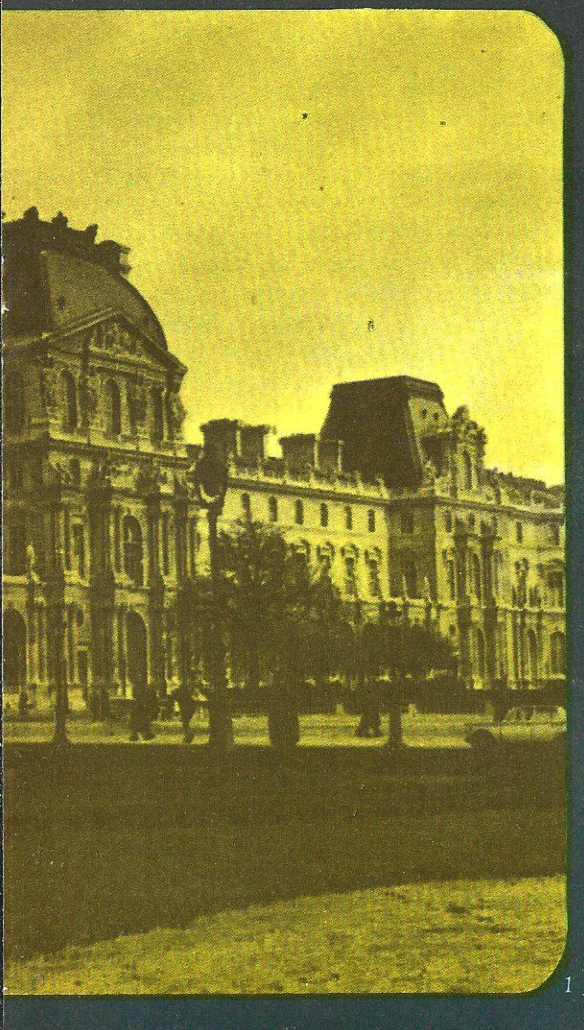
*5. El Bois de Boulogne: vista del Jardín "d'Acclimatation".*





3




1


2


4


5

que le prescribe marcharse en 1852. No se irá, y en el momento oportuno, pensará en los medios para conservar su "empleo", cueste lo que cueste. Mucho menos tonto de cuanto imagina el señor Thiers, el príncipe-presidente sabe muy bien que los monárquicos lo han aceptado en espera de algo mejor. Bien, él los convencerá, o los engañará, o les rogará si es necesario, pero permanecerá, evidentemente, donde se halla, para siempre. Sólo su táctica de candidato le ha dictado las palabras del manifiesto, el 27 de noviembre de 1848: "No soy un ambicioso... Prometo por mi honor dejar, al término de cuatro años, a mi sucesor, el poder consolidado, la libertad intacta". "Al término de cuatro años... A mi sucesor..."; al dictar estas nobles frases (o al recibirlas ya elaboradas por algún Persigny), el "príncipe" se sentía sinceramente divertido, y permitía que una ligera sonrisa asomara debajo de la barba. ¡Y pensar que los imbéciles las tomarían en serio! Se ha ofrecido a los notables, a los hombres de negocio y de la bolsa, para que ellos lo hagan elegir por la turba de la que detienen las demandas. Así es. Desde los primeros días de la presidencia, concurre en visita al barrio St. Antoine; aquí entregará la suma de 50.000 francos para la construcción de casas obreras y, el 10 de abril de 1849, aclarará que intenta "gobernar en interés de las masas"; pero se cuidará, por otra parte, de desairar a los industriales, cambiando de opinión sobre la "jornada laboral" escandalosamente reducida a diez horas por los revolucionarios del 2 de marzo de 1848, reconducida, como es justo, a doce horas por los propietarios, el 9 de setiembre del mismo año. También se prevén derogaciones, y estas doce horas pueden ser largamente superadas en las fundiciones, en las refinerías, en los ingenios, en las industrias químicas.

En cuanto a su grandioso proyecto de "colonias agrícolas", salvación, en 1844, de Francia y de la clase obrera al mismo tiempo, qué importa si sólo han pasado cinco años y es un muerto ya olvidado, un joven habitante del limbo. En los salones, la gente está satisfecha. El marqués de La Grange escribe, el 7 de febrero: "El Presidente continúa comportándose bien". Estos señores de las clases dirigentes hablan de él, en general, como de un mayordomo, del que se puede estar satisfecho. Es caro, por ejemplo, y tiene sus exigencias. La Constitución le concede una asignación de 600.000 francos (un maestro elemental no alcanza a percibir 900) y ya desde su tercer mes de servicio él pide, de golpe, el doble: 1.200.000 francos. ¡Pero sí! Los merece: el 12 de marzo de 1849, la Cámara le acuerda su millón doscientos mil francos.

Las elecciones de mayo de 1849 han resultado deplorables. La izquierda, a la que se creía aniquilada, o casi, se apodera de doscientas bancas y Ledru-Rollin, elegido en cinco departamentos, recoge un total de casi dos millones de votos, mientras el 10 de diciembre no llegaba a los 500.000. Doscientos diputados sobre setecientos cincuenta, no es por cierto un drama, y los propietarios siempre tienen asegurada una mayoría aplastante. Sin embargo, el temor que inspiran los pobres, la idea de una posible revuelta de éstos, pone en estado de angustia a un Louis Veuillot. ¿Cómo concluir con esta "formidable nube que el cañón de junio no ha podido [¡ay!] disolver?" Veuillot cambia la imagen y grita: "¡Aplastemos a la canalla!" (además, estas palabras son anteriores a la consulta electoral; datan del 13 de enero de 1849). Morny, el hermanastro del "príncipe", el hijo de la reina Hortensia y de uno de sus amantes, Flahaut, Morny el hombre de negocios que, gracias a Walewski, bastardo éste del Emperador, comienza a insinuarse en el Elíseo, Morny afecta la moderada angustia de un hombre que sabe cómo controlarse. Desde el 1º de enero de 1848, en la *Revue des Deux Mondes* ha gritado ¡alerta! a los gentileshombres; el "comunismo", decía, alza su horrible cabeza. En mayo de 1849, nada mejor para los planes del príncipe que un poco de pánico entre los ricos. "El comunismo, declara Morny, hace progresos pavorosos"; pronto "no quedará más que rogar a los cosacos que vengan en nuestra ayuda". En París, el 13 de junio tuvo lugar un movimiento republicano. Nada grave. El movimiento fue más vasto en Lyon, entre los obreros de la seda, y el cañón nuevamente se ha puesto en movimiento. El Presidente halla muy pronto las palabras esperadas: "Es tiempo de que los buenos se reaseguren y de que los malos terminen". Y se ha constituido, el 31 de octubre, un ministerio a gusto suyo, irritando así a los notables que pretenden tenerlo en un puño, para probar que sabe caminar por sí solo; él es la plataforma que se ofrece a los propietarios como carroza; ¿deseáis, les dice, una sólida tropa que os conduzca a esta Canaán de un Estado fuerte donde los "buenos" conocerán la tranquilidad definitiva mientras los "malos" serán amordazados para siempre? Y bien, ¿para qué buscar lejos? Aquí estoy yo, Napoleón; su "conducta práctica es digna de elogio: 27 de noviembre, renovación de la interdicción absoluta a los obreros en cuanto a toda "coalición" que pretenda ejercer su propio peso sobre la "libertad" de los dadores de trabajo en lo que se refiere a fijar los niveles salariales; y, el 15 de marzo de 1850, voto de la ley Falloux, una buena ley de la cual el mismo señor de Falloux ha precisado, en términos claros, a la comisión de enseñanza, la intención; se trata de "negar el desorden a las clases populares" y los miembros de dicha comisión "concuerdan todos en dos puntos: la evidencia del peligro social, la urgencia de darle solución". Solución, entonces, es la "ley para la enseñanza", aprobada por el Presidente. Una red de Consejos académicos cubrirá toda Francia; ellos reunirán a "todos los grandes interesados en el orden social", junto al prefecto, al obispo, y a los principales representantes de la propiedad industrial, comercial e inmobiliaria. Así la Iglesia, la eminente potencia de "orden", la Iglesia que ya domina y dirige, de hecho, toda la enseñanza primaria, detentará también la vigilancia y el control de la enseñanza secundaria; podrá, además, abrir institutos educacionales propios, independientes (será la "escuela libre"), pero beneficiados por la particular liberalidad del estado, dado el gran servicio que prestan al mismo al procurarle a la gente de bien generaciones de siervos. Esto para el futuro; en cuanto al presente, se realiza una enérgica modificación al sufragio universal, que se había mostrado maravillosamente obediente y útil en 1848, pero en el que se ha manifestado cierto deterioro mínimo. Se restablece el "censo" como bajo la monarquía, por medio de una "inscripción de los roles de la tasa personal" solicitada ahora para la admisión al escrutinio. De hecho, es la exclusión de los desheredados, el silencio impuesto a los pobres. Thiers se ha mostrado enérgico. Se lanza abiertamente contra la multitud, "la vil multitud", y Montalembert ha pronunciado una fórmula de que está bastante orgulloso; esta singular República francesa, tal como la modificaron sucesivamente un general y un príncipe, ha producido una divertida paradoja: la destrucción, por obra suya, de otra república, la República romana. Se trata ahora, puntualiza el señor de Montalembert, de realizar una "expedición romana al interior" y de arreglar las cuentas, en Francia, con la democracia. De ahí la ley del 31 de mayo de 1850, que amordazaba a casi tres millones de indeseables. De los 220.000 electores parisinos de ayer, 144.000 se ven obligados al silencio. En los grandes conglomerados populares donde los indigentes —es decir, los trabajadores— abundan, la ley del 31 de mayo conoce su mayor aplicación: 40 por ciento menos de electores en Lyon, 45 por ciento menos en el departamento de Loire, 51 por ciento menos en el Norte; en Nantes el "cuerpo electoral" pasa de 37.000 a 7.000. En la víspera de esta medida excepcional, el 29 de mayo de 1850, durante el asedio de la *Union des Associations Ouvrières* tuvo lugar una carga de la policía —no menos de ochenta agentes en acción— para dispersar a los contraventores de la ley; porque si el patronato dispone de toda libertad para realizar convenciones o trusts, la clase obrera en ningún caso está autorizada a tener uniones profesionales. Todo ello, por supuesto, bajo la enseña de la "extinción del pauperismo". El Presidente ha simulado deplorar este atentado al sufragio popular, pero

de hecho no se ha opuesto. A cambio del propio sacrificio a la voluntad de la mayoría, presenta su cuenta. Ridícula, la suma de un millón doscientos mil francos del año precedente. Reivindica ahora un estipendio de 3.600.000 francos. Esta vez, los notables se irritan. El Interino resulta demasiado caro Sus amantes, se sabe, son costosas, pero en realidad todos, acerca de este asunto, se contentan con gastos menores. Y el hecho de que se haya deseado alojar en el Elíseo no es una buena razón para que sus placeres incidan en forma tan pesada sobre el "balance de la Nación", reservado a otros fines, adecuados para nutrir a los hombres de negocios. Se transige. La Cámara concede al Presidente 3.360.000 francos (en lugar de los 3.600.000 solicitados por él), pero solamente por el año en curso. En 1851 deberá contentarse con su millón doscientos mil francos. La rebaja de 240.000 francos a que Luis Bonaparte ha consentido, le llega indirectamente, y con exceso, al encargarle al ministro de Trabajos Públicos que reclame 657.000 francos "por los gastos extras producidos en 1849 por los costos de instalación y de arriendo del Elíseo". Pero el príncipe está exasperado. ¿Había valido la pena fatigarse tanto para alcanzar la "magistratura suprema" si luego se debía vivir con problemas económicos? El príncipe gusta de la vida en gran estilo, y la actitud de los conservadores en cuanto a él lo irrita. Así, se comienza a decir que está impaciente y que condena el escaso "espíritu social" de la mayoría parlamentaria. ¡Ah!, si tuviera las manos libres... Discurso de Saint-Quentin, 9 de junio de 1850: "Mis amigos más sinceros no están en el palacio; están en la cabaña; no están bajo los cielorrasos dorados; están en los talleres"; es a los proletarios a quienes se dirige, y se confía, conmovedor: "Siento que mi fibra responde a la vuestra". Al día siguiente, el 10 de junio, en Chauny: "Me encanta estar rodeado por estos trabajadores que son el objeto de mi constante preocupación". El 10 de enero, el Presidente despide a Changarnier, que comandaba hasta entonces todas las fuerzas militares de París y pasaba por ser el hombre seguro de los monárquicos, la Espada que, llegada la hora, habría mantenido a distancia a "las masas", si éstas hubieran tenido la osadía de moverse, hasta que el trono —o algo semejante, bajo Thiers— hubiera sido restablecido. Gesto muy desagradable al que se abandona aquél que debe a los notables la altura de su posición. ¿Tal vez piensa aferrarse a aquel puesto que debe abandonar, constitucionalmente, el año venidero?

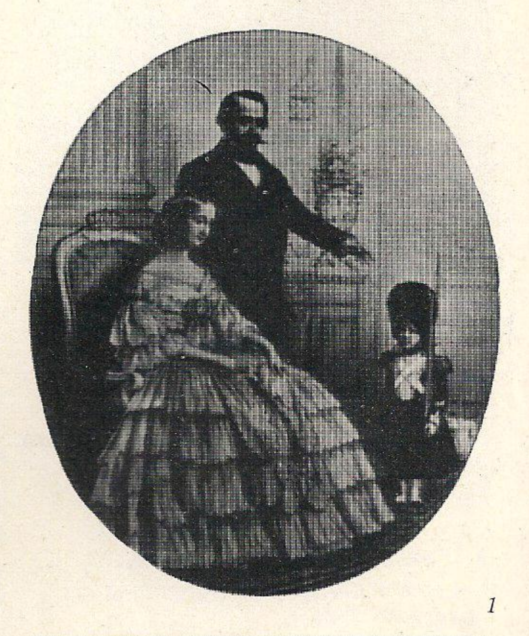
Luis Bonaparte sólo piensa, por el momento, atemorizar un poco a los jefes de la mayoría. Espera llegar a un acuerdo amistoso con ellos. Una "presidencia vitalicia" le sentaría muy bien, si se la torna más grata, naturalmente, con emolumentos más generosos. Y en febrero de 1851 solicita nuevamente dinero en efectivo: "un crédito extraordinario de 1.800.000 francos por gastos de representación"; bueno, es módico; 1.200.000 + 1.800.000 = 3.000.000; el año pasado exigía 600.000 francos de más. El "príncipe" está dispuesto a tratar sobre la base de tan sólo tres millones.

¡Tres millones para este individuo sospechoso! ¡No faltaría más! El señor Thiers se enardece. ¡Nada! Ni un centavo de más. Pero el señor Montalembert, el 10 de febrero, defiende calurosamente la causa del Elíseo. El señor de Montalembert, preocupándose "ante todo por los destinos religiosos del país", cedía entonces "a uno de aquellos impulsos del ánimo que agregaban nuevo esplendor a su elocuencia". Montalembert "protesta" con ánimo indignado, contra lo que él define "una de las ingratitudes más ciegas y menos justificables de todas aquellas de las que la historia de Francia está colmada". ¡Cómo! ¡Se tacañea con un hombre que, en modo ejemplar, no ha cesado de sostener la causa justa, la "gran causa del orden"! Luis Bonaparte es nuestra guía; es el primero de los nuestros. "Soy su testimonio, grita Montalembert, y declaro, desde lo alto de esta tribuna, que él ha sido fiel a la propia misión". Votemos, votemos todos, y por aclamación, la suma mínima que necesita; ello significa la salvación de todos y a muy buen precio.

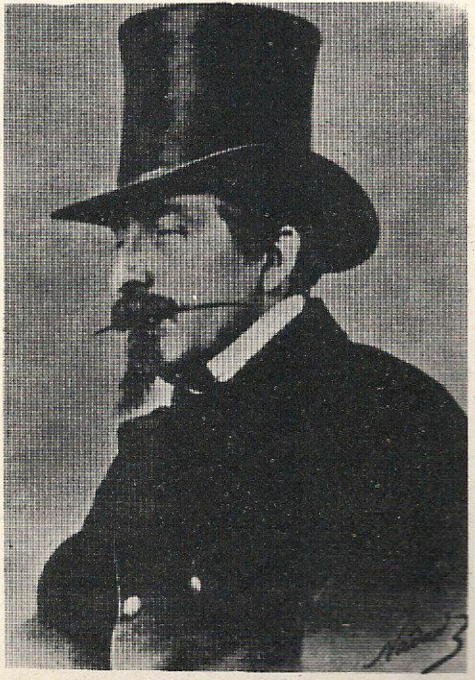
El conde de Montalembert engaña e irrita a los *burgraves*. Thiers murmura entre dientes "¡Judas!" y el señor de Saint-Priest constata: su discurso ha tenido el aire de una "traición" o, de todos modos, de una "canallada". Porque los que manejan la Cámara no piensan más que en sus propios candidatos: Enrique V o uno de los hijos de Luis Felipe, y no admiten que el Napoleón de pacotilla del que se han servido para asegurar la transición de la república a la restauración monárquica tenga la temeridad de desear imponerse a ellos, una vez cumplida la duración de su breve compromiso. Pero estos políticos no consideran suficientemente el sentimiento que se difunde en modo creciente en los ambientes económicos y bancarios, donde las ociosas cuestiones de denominación están perdiendo toda importancia desde el momento que existe un Protector, con la policía y el ejército, y que él no pida más que cumplir con su deber de "Centinela del orden" a cambio de una retribución, es lo menos que puede pretender. Luis Bonaparte de ninguna manera ignora esta inclinación del "país real": industria, comercio, grandes bancos, y se apresta a aprovecharse de ella. El tema de sus emisarios pasa a ser el siguiente: ¡qué pena ver estas odiosas divisiones entre "hombres de orden" cuando la unión sería hoy más necesaria que nunca! ¡Desolador, inadmisible, casi criminal este divorcio entre la Cámara y el Elíseo, cuando el Jefe del

1. *La familia imperial. Litografía. París, B. N. Est.*

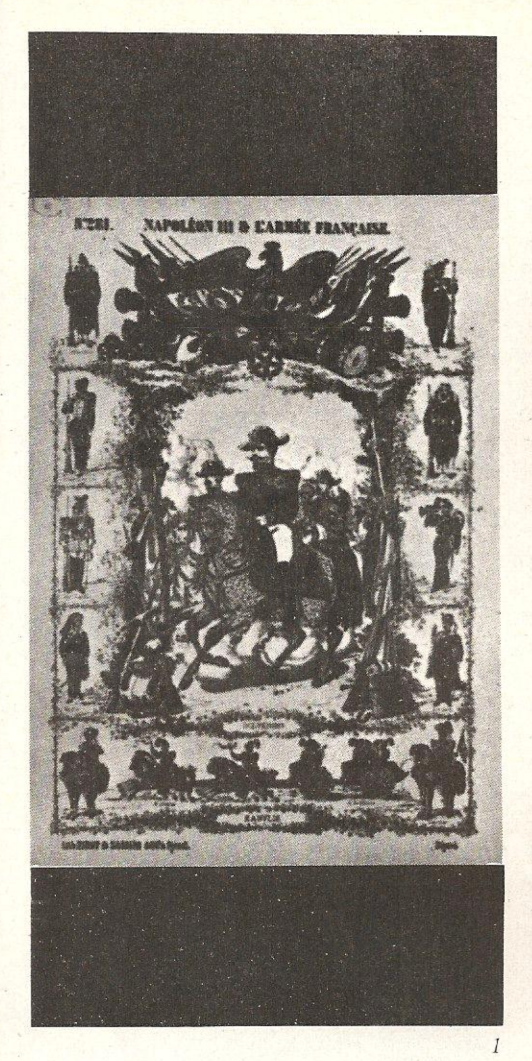
2. *Napoleón III. Fotografía de Nadar. París, B. N. Est.*



1



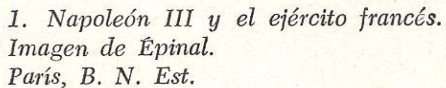
2




1



2



1. *Napoleón III y el ejército francés. Imagen de Épinal. París, B. N. Est.*

2. Regreso a París de las tropas de Crimea, *detalle de la pintura de E. Masée. París, Musée Carnavalet.*

3. *Fusilamiento de Maximiliano, emperador de México. Imagen de Épinal.*

Estado se halla tan providencialmente dedicado a los intereses de los "gentileshombres"! Su mensaje del 24 de enero de 1851 no tiene otro sentido: "Francia comienza a sufrir un desacuerdo que deplora". Tácito: ¿de quién es la culpa? De aquellos "ciegos" —como lo dice muy bien Montalembert— detenidos aún en sus sueños dinásticos y en sus falsos problemas, superados, aventajados, frente al enorme "peligro rojo".
Entre el electorado subsistente, uno de los elementos más activos en favor del Presidente es aquel a quien Víctor Hugo define con cuatro palabras unidas por guiones: "el volteriano propietario-industrial-religioso" o también "los ateos de matices católicos". Los sabios de esta especie habían votado por unanimidad la ley Falloux. Personas inteligentes, inmunes a toda "superstición" pero felices del número siempre creciente de "beatos" (estilo Voltaire), maravillosamente sometidos a la influencia eclesiástica. Están exactamente en la línea de nuestro maestro, el "patriarca", del que conocen la enseñanza, el Voltaire que desea la descristianización de los habientes y se lanza contra d'Holbach y su propaganda atea sin discriminación. Un capricho, para Voltaire, porque "una plebe irreligiosa muy pronto no sería más que una horda de bandidos". Es un grueso error imaginar a un Voltaire encarnizado en la obra de destrucción de los sacerdotes. Por el contrario, que se multipliquen los sacerdotes, pero a condición, naturalmente, de que cumplan con su deber, que es el de predicar a los humildes la resignación, y todas las benéficas imposturas acerca de la inmortalidad del alma y de un Dios dispensador de premios y castigos. El señor de Ferney ha hecho escuela. Sus discípulos ya no se cuentan entre la gente "iluminada". Son ahora los paladines del clericalismo iluminado, los progenitores de los maurrassianos. Estos amigos de la libertad de pensamiento son al mismo tiempo, y aún más, amigos de la impostura, sobre todo cuando es remunerativa. También es de Víctor Hugo la siguiente observación plena de exactitud: entre esta gente de gran linaje, "se ríe con Voltaire", pero se vota "con Escobar"; "¡volterianos-vividores", ferviente legión!" Sin embargo, en 1851, la *Era de los Césares*, anunciada desde el año precedente por Auguste Romieu, hace algún daño a la era de los curatos. Morny preferiría a los "cosacos", pero a falta de éstos —están lejos— los militares son, para la seguridad de los bienes, de empleo más directo y más inmediatamente persuasivos que los sacerdotes. Y a la *Era de los Césares* se agrega otro oportuno panfleto, debido a la misma pluma: *El Espectro Rojo de 1852*.

**En nombre del "peligro rojo"**

El año 1852 es el año fatal para Luis Na-



3

poleón; el año en que termina su mandato, el año de la guillotina. Pero no habrá ninguna guillotina. Su contrato de alquiler no puede extinguirse. Y no es el único que piensa así. Toda la codiciosa banda que pulula detrás de él considera estar sólo al comienzo del goce del poder. Le hace falta espacio, una autoridad discrecional: en otras palabras, el régimen imperial. El sistema adecuado para convencer a la gente a mantener en el cargo al conductor actual, consiste en pintar con sombrías tintas a las próximas elecciones. Una vez más, citamos al lúcido Víctor Hugo:
"Romieu señala la trampa y advierte: ¡Atención al cisma!" Abrimos el *Espectro Rojo* y en efecto: "Las señales se acumulan... Parece que un gran fenómeno natural debe cumplirse y que todas las criaturas lo perciben por instinto"; "yo anuncio la *jacquerie*"; feliz, el año venidero, feliz "el castillo del que se reencontrarán las piedras". "En nuestros días, la lógica es la metralla"; "el ejército, ¡sólo el ejército nos salvará!" Los sabios abren los ojos y ven la situación tal cual es realmente, muy diferente de la imagen que desea dar el Elíseo; a lo sumo, en mayo de 1852, en la Cámara, una izquierda un tanto más fuerte que la izquierda actual; pero nada seguro, gracias a la ley del 31 de mayo. Sin embargo, resulta un trabajo útil el de Romieu, porque el futuro es oscuro y es deseable un "régimen fuerte". Si Doudan (el escribano al servicio del clan Broglie-d'Aussenville) tiene temor, realmente temor, y habla estremeciéndose de "aquel mes de mayo en el que oiremos rugir a los hombres rojos" y otros pielesrrojas, Tocqueville, por su parte, considera a tales temores "muy exagerados". Montalembert, en realidad, tiembla sin duda; no puede vivir, pero Falloux lo conforta: estas convulsiones sociales que nos ensordecen no son, le dice, "tan verosímiles como vos suponéis"; y Veuillot, en una carta privada, confía a un corresponsal: "No, una revolución social no es probable" (al abate Bernier, el 30 de julio de 1851). Pero estas frases no son para el grueso del público. En su *Univers* del 22 de mayo de 1851, el mismo Veuillot evoca, en tono profético, "el cataclismo de 1852"; el 9 de julio señala a su clientela, como obra de la que todo el mundo debe compenetrarse, el estrepitoso libelo de Romieu; se preparan "horrores" "en vastísima escala"; es necesario, urge, "reedificar" para la sociedad "un refugio" y el salvador que la Providencia —Dios sea loado— nos manda, es el Presidente Bonaparte, "jefe designado, generalísimo del gran ejército del orden". Por su parte, la *Revue des Deux Mondes* del 15 de mayo, preveía para 1852, a través del señor de Broglie, "una de las más formidables crisis que nunca hayan golpeado a una nación".

**Preparativos para el golpe de Estado**

El príncipe Luis muy voluntariamente habría evitado un choque violento entre él y la Asamblea. Nunca se puede saber cuál será el resultado de tales episodios. Conoce los detalles del 18 de Brumario y recuerda los minutos sumamente espinosos que atravesara el Tío. A fe mía que había arriesgado quebrarse el cuello aquel día el Tío. Así, el sobrino ha intentado una vez más las vías de la conciliación. El obstáculo es el artículo 45. ¿Y si la Cámara aceptara reverlo? ¿Si obtuviera una mayoría favorable que le confiriera el poder por diez años? Diez años; así sucederían las cosas; sin choques, ágilmente alcanzaría sus fines. Pero aquellos imbéciles *burgraves*, permanentemente excitados por aquella víbora de Thiers (¿no ven, entonces, lo que está planeando para llevarlos a todos por las narices, legitimistas y orleanistas juntos?) han rechazado la "revisión". Tanto peor. La habrán deseado. El príncipe Luis actuará con la fuerza. Todavía le faltan, para su operación, generales circundados de "gloria". La "gloria" falta. Poco importa, se la fabricará especialmente. Luis Napoleón ha reencontrado a un militar de muy buen sentido, Saint-Arnaud, cuyo verdadero nombre era Arnaud Leroy, hijo de un prefecto del Imperio; este Leroy ha sido expulsado de la Guardia, bajo Luis XVIII, a causa de un hurto; luego se ha convertido en actor (Florival) y también tenor, viviendo sobre todo de las mujeres y el juego; vuelto al ejército por la ventana, bajo Luis Felipe, y dedicado, en Blaye, a la vigilancia de la duquesa de Berry, se hace apreciar por Bugeaud. "Éste es un hombre a mi gusto", dirá de él el mariscalduque. Justamente el individuo adecuado para ser, según los planes, ministro de guerra, a condición, sin embargo, de que se consiga alguna aureola. Uno de los bardos del 2 de diciembre, en su *Historia de un golpe de Estado*, dirá con simplicidad: "A fin de dar a aquel general [se trata justamente de Saint-Arnaud] la autoridad necesaria para un puesto tan elevado [el ministerio de guerra al que el Presidente lo destina], se decidió la guerra de Cabilia". Saint-Arnaud se dedica entonces a "dar bastonazos al cabilo" gozando plenamente con ello; cartas del soldado a la esposa: "Hemos quemado más de cuarenta villorrios; un gran éxito"; "más de cien cabilos han sido matados; el campo está lleno de armas y de orejas". Pérdidas francesas: un millar de hombres. Está hecho. El 23 de julio, Saint-Arnaud recibe el comando de la división de París. Durante todo el verano, el Presidente continúa reclutando: Magnan, alto dignatario de la masonería (quien se hace acompañar por Morny, para que atestigüe su responsabilidad: "En Lyon —donde ha aplastado la insurrección "comunista" del 15 de junio de 1849—, por seis horas, he tirado 600 cañonazos"), Espinasse, De Lotte, De Rochefort, Canrobest. El comando está constituido; la banda está completa.

**Golpe de Estado y matanza**

Día J: 2 de diciembre (aniversario de Austerlitz); hora H: las seis de la mañana, 78 arrestos; a las siete, el Palais Bourbon es ocupado militarmente. La malicia consiste en declarar, por medio de manifiestos, el restablecimiento del sufragio universal. ¡Abajo los enemigos del pueblo y su vergonzosa ley del 31 de mayo! El obrero está desconcertado. No tiene ningún deseo, por cierto, de ir a empuñar las armas para liberar a aquellos señores a los que ve pasar en "celular" y que el año pasado le arrebataran el derecho de voto. ¿En prisión? Bien hecho. En la mañana del 2, el príncipe ha intentado un paseo a caballo, contando con las ovaciones. Ninguna ovación, a pesar del buen ejemplo que diera la policía apostada. Luis Bonaparte no ha osado llegarse hasta los bulevares. Desde aquel momento se oculta, se cierra en su Elíseo. Las cosas se presentan mucho menos bien de lo que se esperaba. El 4 de diciembre, por la mañana, Hübner, embajador de Austria, constata: "Si la situación de ayer y de antes de ayer continúa, la posición del gobierno se tornará insostenible. Ya es muy crítica (...) Se comienza a dudar del éxito del golpe de Estado". La resistencia republicana se consolida. No se puede decir que los suburbios se levanten, pero hay combatientes en la calle y París, evidentemente, no se alinea con los generales. Sólo la Bolsa goza de óptima salud gracias a Fould, el banquero, que está en las finanzas en el ministerio del golpe de fuerza. De Maupas, jefe de policía; Morny, nuevo ministro de Interior, el 4 de diciembre, a las 13,15: "Las noticias se vuelven absolutamente graves. Es necesario el estruendo y el efecto del cañón. Inmediatamente". Mayer —también cantor, como Bélouino, de los grandes días de la salvación social— escribirá sin ambages en su *Historia del 2 de diciembre*: "Apena una derrota vergonzosa"; el 4 de diciembre sólo había un recurso: "asustar"; "en materia de golpes de Estado, no se discute, se golpea, se rompe". ¿París carece de entusiasmo? ¿París no se adhiere? Se la obligará a la adhesión con "el terror" (el término se repite en el telegrama que enviara Morny al general Mann, el 3 por la tarde), con el "pavor". El 4 de diciembre, hacia las 15,20, las tropas reunidas en los bulevares —30.000 hombres— abren el fuego sin preaviso, cañones comprendidos, sobre la multitud densísima, menos hostil que aterrada, que desde las aceras veía desfilar a los soldados. Deposición de un testimonio neutral, el capitán William Jesse, súbdito británico, de paso por París con su mujer, y que ha ido a un hotel situado en la esquina de la *rue* Montmartre: "Las descargas eran regulares"; "el fuego se prolongó por más de un cuarto de hora", y sobre un frente de alrededor de un kilómetro.

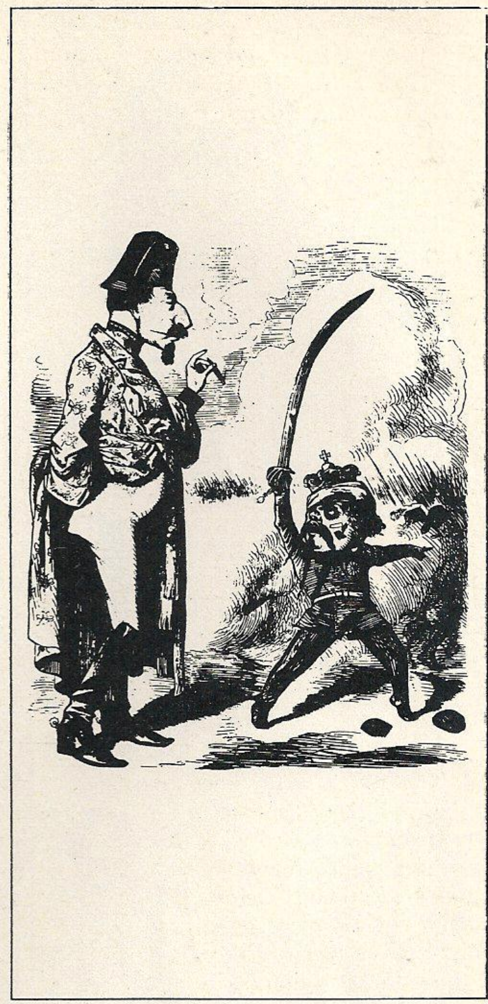
La matanza fue tal y tan atroz que los responsables, de momento, también sintieron el temor de haber dado un paso en falso que habría arruinado todo, resignados a una respuesta furiosa de los parisinos sublevados. En el Elíseo se habla, en una fiebre de pánico, de organizar rápidamente un "reducto", de un "campo atrincherado" en torno a las Tullerías... Superflua esta agitación de los asesinos. Por una vez, el "arrebatado" Víctor Hugo y el muy bien pensado P. de la Gorce están de acuerdo. Hugo: "El golpe fue monstruoso y aterró a París"; la Gorce: Esta masacre "llenó de terror al punto de aniquilar toda idea de resistencia".

La pandilla Bonaparte triunfa. El artículo 68 de la Constitución decía: "Toda medida con la cual el Presidente de la República disuelva la Asamblea nacional o bien obstaculice el ejercicio de su mandato, es un crimen de alta traición. Por este sólo hecho, el Presidente ha cesado en sus funciones, y se ruega a los ciudadanos que le nieguen obediencia".

Pero Leroy-Florival-Saint-Arnaud ha ordenado: "Todo lo que resiste debe ser fusilado, en nombre de la sociedad, a título de legítima defensa (sic)". Y en su proclama del 6 de diciembre: "¡Soldados! Habéis cumplido una grande acción... Los gentileshombres están con vosotros". Y, de hecho, los gentileshombres (como se los verá, al natural, en *La Curée* y en *Le Ventre de Paris*) aclaman; he aquí a Montalembert: "El acto del 2 de diciembre ha derrotado a todos los revolucionarios, a todos los socialistas, a todos los bandidos". He aquí a Louis Veuillot: "Todo pecho honesto respira. La inicuidad tiembla frente a la justicia" (estas dos frases han sido extractadas del *Univers*, 14 y 19 de diciembre de 1851). Siete columnas del *Moniteur* bastarán apenas para la enumeración de las recompensas militares, las promociones y las condecoraciones. Los "bandidos" arrestados por el crimen de obediencia a la Constitución y de fidelidad a la República, encarcelados o deportados, unos a Argelia, otras a Cayena, comprenderán 1.027 zapateros, 888 carpinteros, 733 albañiles, 462 tejedores, 457 herreros, 5.423 agricultores. Justamente lo que le permitirá luego a Jules Favre, dócil "opositor", dirigir esta acusación contra el proletariado: "Habéis sido vosotros, obreros, y solamente vosotros quienes hicieron el Imperio". De las 299 asociaciones obreras que, a pesar de la legislación opresiva, existían en forma clandestina en el otoño de 1851, el golpe de Estado del "amigo de los humildes" dejará sobrevivir solamente *quince*. Y si el plebiscito del 20 de diciembre, convenientemente dirigido (los notables "respiran", el clero bendice; Alfred de Vigny, castellano de Maine-Giraud, es llevado por su entusiasmo a señalar discretamente al prefecto de Charente



1



3



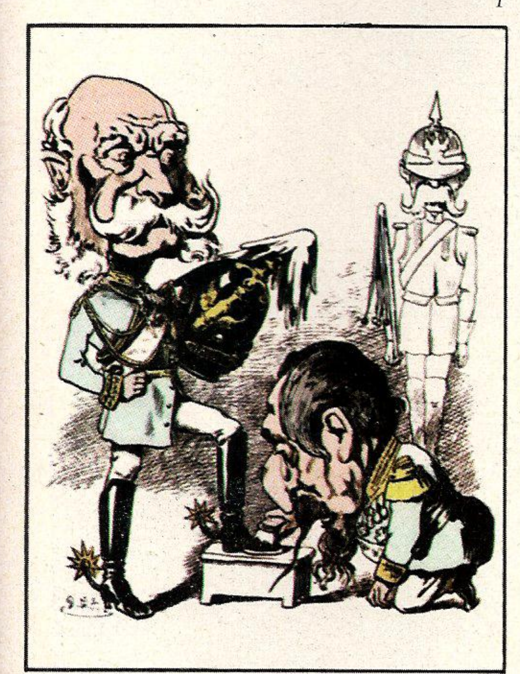

2




4

*1 - 4. Napoleón III visto por "Punch" (1859).*


1


2


3

los individuos peligrosos del departamento; y Louis Veuillot ha vociferado: "La mano sobre la conciencia, como franceses y como católicos. ¡Sí, cien veces sí!"), en el que la masa rural prevalece en la medida del 77 %, da a Bonaparte 7.434.000 sufragios (contra 646.000 *no*); en París, sobre 133.000 *sí*, los *no* fueron 80.000 en la mayoría de los suburbios.
La lista civil del Príncipe-Presidente es llevada a dieciséis millones. Un serio aumento, es necesario admitir. Finalmente las manos libres, y ya el poder absoluto. Como escribe muy bien Octave Aubry, ya citado (*Napoléon III*), el príncipe está ahora en condiciones de "cumplir su misión".
La historia de los historiógrafos, la historia bien educada, la historia legitimada no cede fácilmente el paso a la historia verdadera, a la "historia histórica", según la definición de Péguy. No obstante ello, aquélla pierde terreno lentamente y se revela cada vez más a nuestros ojos la "simplicidad" tan a menudo "bestial" (Valéry) de los verdaderos impulsos de la política. Un niño ha sido matado, en la *rue* Tiquetonne, por la metralla del 4 de diciembre, y la abuela que lo criaba ha quedado trastornada y atemorizada. ¿Por qué? ¿Por qué? Hugo le explica:

*Vous ne comprenez point, mère, la politique.*
*Monsieur Napoléon . . .*
*Est pauvre, et même prince. Il aime les palais.*
*Il lui convient d'avoir des chevaux, des valets,*
*De l'argent pour son jeu, sa table, son alcôve,*
*Ses chasses. Par la même occasion il sauve*
*La famille, l'Eglise et la société . . .*
*C'est pour cela qu'il faut . . .*

[Tú no comprendes, madre, la política. El señor Napoleón es pobre, y príncipe. Ama los palacios, le conviene tener caballos, servidores, dinero para el juego, la mesa, la alcoba, las cazas. En la ocasión salva a la familia, a la Iglesia y a la sociedad . . . Por ello es necesario . . .]
Hugo no es más que un demagogo. Dice lo que no es necesario decir. Pero André Maurois, que no pasa por ser extremista, de todos modos ha escrito, en su *Olympo*, acerca de las razones del golpe de Estado, lo que era preciso escribir, es decir, la verdad: "Luis Napoleón deseaba conservar el poder. Su banda estaba decidida a mantenerlo en él. No para defender ideas y opiniones. El jefe y los ejecutores sólo tenían un pensamiento: llevar una buena vida y por largo tiempo."

**Napoleón III, Emperador**
Pasado aproximadamente un año del 2 de diciembre de 1851, el Príncipe-Presidente-Dictador resucita el Imperio para su provecho. Cumplirá cuarenta y cinco años en abril del año siguiente. En suma, se convierte en emperador justamente a la edad en que el Tío dejaba de serlo. Tiene apuro, entonces, por gozar de la vida, ahora que posee finalmente lo que le costara veinte años alcanzar.
¿Quién es, en realidad? Más allá de los disfraces de los que él mismo se ha servido y de aquellos que le proporcionan los historiadores devotos de la "acción psicológica" en favor de la Buena Causa (siempre la misma, por doquier; la de los "grandes intereses nacionales", también llamados los intereses de la clase propietaria), ¿es posible penetrar en la realidad humana, en la profunda identidad de Luis Bonapartes ¿Un monstruo? Pero no, absolutamente no. Luis Bonaparte es menos capaz, capaz de todo, de cuanto fuera el primer Bonaparte, el Nabouliône, llamado Napoleón. Si la fórmula no pareciera tal vez demasiado pesimista con respecto a lo que se denomina "la humanidad común", diría tranquilamente que el sobrino Luis es un hombre "como los otros", con sus buenos sentimientos, es innegable, y también con su avidez. La codicia se ve acompañada en él desgraciadamente —desgraciadamente para él y más aún para aquellos que tienen la desventura de ser sus contemporáneos— de una temible facilidad de satisfacción; digamos mejor, de un medio peligroso para satisfacerse. Tiene en las manos, para abrir la puerta que conduce a los placeres, una herramienta de la que carecen los otros; o bien, adoptando el lenguaje de su madre, un "lazo" personal para la captura de los animales montaraces: su nombre, las sílabas de su nombre, con su poder de seducción, de magia (magia negra) y de maleficio. ¡Qué tentación! Tal vez le será preciso, para conducir a buen puerto su empresa, utilizar procedimientos nocivos. Renuncia a ello. Encargará a los auxiliares, mirando hacia otro lado, pensando en otra cosa, prefiriendo ignorar ciertos detalles. Pero el delito forma parte de las vías y de los medios de una operación como aquella a la que la suerte lo ha predestinado; el asesinato, individual o colectivo, entra en el número de las condiciones eventualmente requeridas para un éxito en el género particular de ascenso a la felicidad, del que su nacimiento le proporciona la oportunidad y le indica el camino. Está en el orden de las cosas.
Los asuntos de Estado no son églogas, y lo que le toca en suerte son los asuntos de Estado.
Filiación del interesado, en su pasaporte, en 1848: cabellos castaños, ojos pequeños y grises, tez pálida, "cabeza hundida sobre la espalda, dorso curvo". El pasaporte no le da a la nariz del titular la importancia que merecería, y es la nariz sobre todo lo que llama la atención en el rostro presidencial y luego imperial. Una nariz considerable, y gibosa. También sobresalía su mirada ausente. Una mirada vítrea, dice Tocqueville, sin malevolencia, de los ojos "opacos". Y Rodolphe Apponyi, quien desearía poder admirar los rasgos, el porte

del salvador del orden, confiesa que bajo aquellos "párpados caídos... se adivinan más que se ven los ojos empañados, apagados". Y prosigue: "Es pequeño, pálido y arrugado; tiene el aire de un viejo sin serlo; es lo contrario de un viejo aún vigoroso". A este aspecto de hombre "no del todo despierto" (Hugo), a esta apariencia de "sonámbulo" (*idem*) es probable que él haya contribuido: rol de compostura distante, ingrediente de su "misterio"; porque este sonámbulo sabe en qué dirección se mueve, este dormilón está —o estaba— perpetuamente alerta. Tal vez, llegado a puerto finalmente, ya no tiene gran necesidad de aquellas actitudes distantes que disimulaban sus cálculos y tornaban más seguras, más desconcertantes para el adversario, sus repentinos plumazos: 31 de octubre, 10 de enero, 2 de diciembre. Y si bien frente a sus interlocutores masculinos se mostrará siempre apagado, vago e inescrutable, frente a las mujeres que deseaba, en cambio, el ojo se enciende, explícito. Un ser consumido, es cierto, ya bastante consumido a los cuarenta y cinco años. Excesivas diversiones sexuales. Siempre varias amantes al mismo tiempo y el gusto, el placer por las mujeres. Un hombre de harén. Fuma casi ininterrumpidamente, un cigarrillo tras otro. Su inclinación en materia de compañía lo lleva hacia lo que es enfermizo, codicioso sobre todo. Changarnier decía en voz alta y violentamente, en 1849, que la sociedad habitual del Presidente eran "los truhanes", pero Changarnier es un celoso. Tocqueville, más justo, y amigo de la mesura, confiesa no obstante que en la época en que dirigía, bajo el Príncipe, los asuntos exteriores, las "recomendaciones" de Luis recaían sistemáticamente en los "pícaros matriculados". Si ha aceptado a Morny, a pesar de su repugnancia, es porque tiene sus informaciones acerca de esta joya del Jockey Club, colaborador de la *Revue des Deux Mondes*: la corrupción viviente. Fines de 1851: Morny está desesperado; ha perdido sumas enormes en el juego, en las carreras; se secuestrará aquella hermosa mansión de los Champs-Elysées que él debe a su amante (la hija del banquero Mosselmann, esposa del belga Le Hon, futuro embajador). Morny tiene, entonces, un interés personal, y de los más apremiantes, en el éxito del *fric-frac* que le abrirá las cajas del Estado. El mejor retrato, después de todo, de Luis Napoleón es aquel que se halla en la *Historia de un crimen*: "Era un hombre político serio... cerrado en su premeditación, para nada impetuoso, sin modos descorteses ni palabras gruesas, correcto, masacrador porque era necesario serlo". Hugo agregaba un elogio que creí debía suprimir: "de grata compañía".

Hugo —y con razón— nunca puso sus pies en la corte de Napoleón III; allí el aire tuvo siempre un discreto pero definido olor de estupro.

El Imperio representó el paraíso terrestre de los especuladores. Los jefes del Banco de Francia sabían lo que hacían, y que su dinero estaba bien invertido, cuando pusieron a disposición del Presidente veinticinco millones desde el 27 de noviembre; púdicamente, la fecha oficial de la apertura del crédito fue la del 8 de diciembre, pero el Príncipe, Morny y Fauld, habían obtenido aquellos veinticinco millones, utilísimos, *antes* de la operación que este crédito condicionaba.

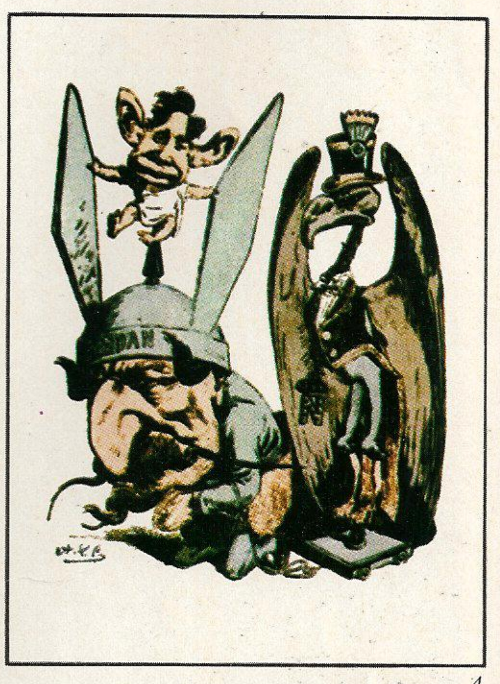
Júbilo, inmenso júbilo, de los "hombres de bien". El balance de los cultos sufre un aumento de 39 a 48 millones. Florecen las congregaciones; en 1851, en Francia los monjes eran solamente 3.000; se contarán 18.000 diez años más tarde, y 30.000 en 1870. Aparecen los Asuncionistas. El cuerpo docente es depurado. Mil quinientos instructores son radiados después del 2 de diciembre; las escuelas "libres" viven gran prosperidad. A fines del Imperio contarán tantos alumnos como las escuelas del Estado, también éstas dependientes del clero. Es el reino del clericalismo llevado a su perfección: el clericalismo no creyente. Sainte-Beuve sabe bien que en la corte todos —menos la emperatriz— son tranquilamente cínicos; pero en el 48 se ha visto sacudido por un escalofrío que lo torna untuoso, conmovido, frente a la "imagen de la Virgen" que el emperador ha tenido la gentileza de enviar a la flota, para la guerra de Crimea. Y Veuillot, que no se engaña en cuanto a los que pueden ser los sentimientos religiosos de "César", le dedica de todos modos estas palabras exaltadas: "Marchad con orgullo, Sire, entre vuestro pueblo cuyas aclamaciones os saludan. ¡Viva el Emperador!"

**La espada y el reino**

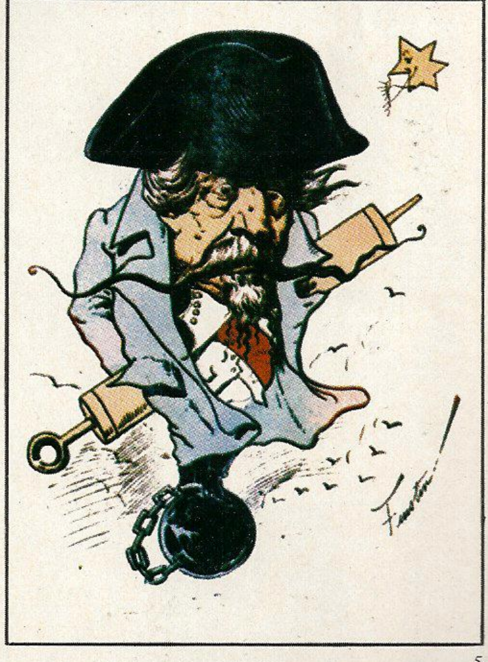
"En general —escribía en 1844 el autor de la *Extinción del pauperismo*— el hombre es lo que la función que cumple lo obliga a ser". Luis Bonaparte, transformado —¡cuán lenta ha sido la metamorfosis!— en Napoleón III, se dedica a su función. Es preciso ocuparse de algo. Y como, al fin, Francia le pertenece, hace por ella lo mejor. Se ha casado en 1853 para asegurarse la descendencia. En 1856 ha tenido un hijo, al que ama tiernamente. Napoleón III no descuida sus obligaciones gubernativas; se sentiría feliz de poder dejar al hijo, en herencia, un país tranquilo, feliz, glorioso. Ideas de rey. Los soldados fueron hechos para proporcionar "gloria" a los soberanos, y la grandeza de un soberano depende de las victorias que sus ejércitos obtienen. Sólo la incivilidad —la grosería— de un Víctor Hugo se permitirá observaciones tan bajas como aquellas de las *Chansons des Rues et des Bois* [Canciones de las calles y de los bosques], aquellas horribles frases dirigidas a los reclutas acerca de las muertes caballerescas (los movilizables son todos los plebeyos; la sustitución militar evita a los jóvenes de familia los inconvenientes de la guerra):

*1. Napoleón III, el Buitre. Caricatura de la* Ménagerie Imperial, *difundida hacia 1860. París, B. N. Est.*

*2, 3, 4, 5. Napoleón III visto por los caricaturistas en 1870.*

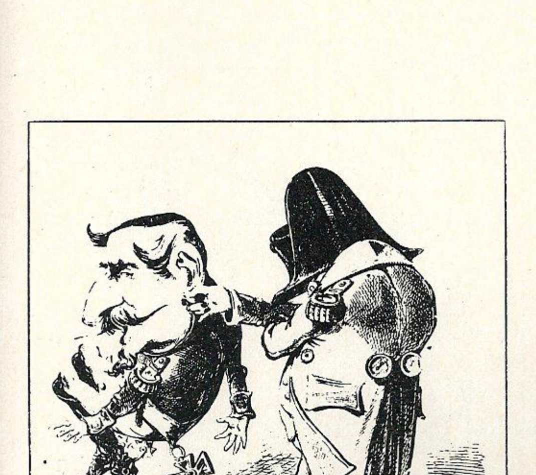


4



5

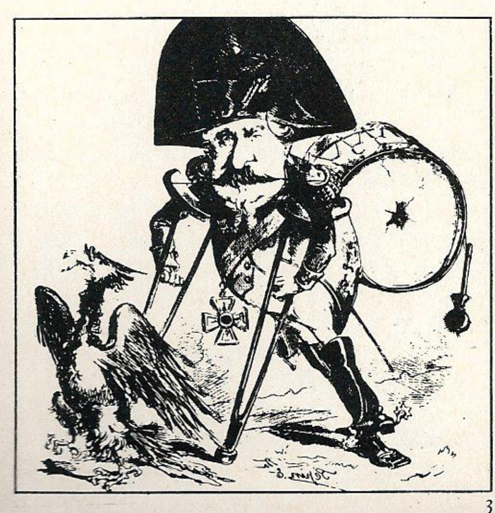
*1, 2, 3, Caricaturas de Napoleón III. París, N. B. Est.*



1




2



3

*Y todo ello por altezas*
*que, apenas estés enterrado,*
*se dedicarán zalamerías*
*mientras tú te pudres.*

¡Qué concepción desvengonzada e insensatamente anárquica del "honor" nacional y de lo que confiere a las monarquías su más incontestable prestigio! Con firmeza, en una de sus giras de propaganda, el debutante Napoleón III había creído poder proclamar: "¡El Imperio es la paz!" Simple argumento de propaganda que salía, así como su juramento del 20 de diciembre de accesorios y *gadgets* de los que se abastece, profesionalmente, un hombre de su condición. No habían pasado todavía tres años de reinado cuando desenvainaba la espada. Contra Rusia. ¿Por qué Rusia? La respuesta es obvia. Es la terrible retirada del Tío, el Gran Ejército en el torbellino de las nieves, el pasaje de Beresina. ¿Nuestro "honor" a vengar, no cuenta? Razón suficiente, espero, para justificar las hecatombes de Sebastopol. Los sacerdotes se enorgullecen; ¿no es, ante todo, por la protección de los Lugares Santos que el Emperador ha declarado la guerra a este 1848, de aquel conjunto convencional de zar cismático? El *Crédit Mobilier* [banco], del que Morny es uno de los fundadores (decreto del 19 de noviembre de 1852), ve pasar sus dividendos —gracias a los empréstitos de guerra— de 25 francos en 1853 a 178 francos en 1855. ¡Esto es lo que se llama gobernar!

El desafortunado Pretendiente de 1844 tiene una sonrisa amarga: indiferente al triste destino de las clases oprimidas, Luis Felipe se vio obligado a ir "a buscar aun en China algunos millares de consumidores", mientras existen "millones de franceses que carecen de todo"; quienes, un poco mejor tratados, un poco mejor pagados, ofrecerían a los productos de nuestras manufacturas un campo normal y sano, una innumerable clientela. ¡Pero no! El "feudalismo del dinero", en su desmesurado "egoísmo", se abre mercados a cañonazos. El príncipe es un realista y habla como un realista: "La cantidad de mercaderías que un país exporta (en un sistema capitalista) está siempre en razón directa del número de sus balas de cañón (digamos proyectiles); los sucesos que se acaban de verificar en China son una prueba de esta verdad". No es entonces por viles motivos comerciales —¡por favor!— que Napoleón II ataca a China en 1857, y que en setiembre de 1864 el general Cousin-Montauban, luego de una buena masacre de "monos con trenzas" (los zuavos franceses se divertían mucho en tirar las trenzas desde atrás para que las gargantas se presentaran mejor a los llamados *corta-repollos*, especie de sable-pujal), saquea y devasta tan alegremente, tan fructíferamente el palacio de verano del "sultán amarillo". Luego una guerra pía y santa. No se trata ya de los Lugares Santos en peligro, esta vez, sino de los misioneros a quienes es necesario proteger.

**La guerra de Italia**

La guerra de Italia, en 1859, hizo fruncir las cejas de los obispos. ¿Qué significaba este movimiento amenazante para el poder temporal de Su Santidad? "Vuestro emperador es un bribón", ha dicho, groseramente, Pío IX al embajador de Francia, el 1º de enero de 1860. Y Napoleón III murmurará a sus amigos de la península: "Hallad el modo que me permita hacer creer que habéis renunciado a Roma, y que os permita hacer creer que no habéis renunciado a ella". A un ser tan astuto, no era necesario que la madre le enseñara el arte del engaño y de la simulación. Así como los "intereses religiosos" han sido decisivos para las expediciones de Crimea y de China, ha sido el "principio de las nacionalidades" el que hizo necesaria la intervención en Italia. Un Napoleón III no actúa, y no hace correr la sangre de su pueblo, más que por obediencia a las más altas leyes morales. Es cierto que el apoyo prestado a Piamonte contra Austria le valdrá a Francia, como compensación, la realización de su unidad, con Niza y Saboya (ya había sido objetivo de Lamartine, en 1848) pero si las matanzas de Magenta y de Solferino tuvieron lugar, las mismas están ligadas a otras causas de gran relevancia y que habrían sido, de por sí, determinantes. Prohibición de las pullas sobre la persistencia, en Napoleón III, del espíritu "carbonario"; hemos visto claramente cuán poco le importaba cuando, en el otoño de 1848, sin dudar había aumentado las ofertas de Cavaignac en mérito a la salvaguardia de los Estados pontificios. Para comenzar, está el primo Jerónimo, Jerónimo hijo, llamado *Plonplon*, que se torna cada vez más insoportable. Había sido, hasta 1856, el sucesor designado del trono. El nacimiento del príncipe imperial lo había encolerizado, ya que perdía el título de heredero. Militaba, por tanto, en las filas de la oposición, la oposición de izquierda, propulsora del libre pensamiento. Él es condenadamente "italiano", lo que significa, en su boca, antipapista por sobre todo, vehemente, insolente, desbordante; y se casará con la hija de Víctor Manuel. Declarar la guerra a Austria, sostener a Piamonte a pesar del papa es, para Napoleón III, neutralizar un adversario de los más molestos, cortar la hierba bajo sus pies. Pero ni la esperanza de anexar Niza y Saboya, ni las cuestiones de política interna habrían provocado la decisión de "dar la palabra a la pólvora" si los primeros beneficiarios del régimen, los pocos de los que *todo* dependía, no hubieran auspiciado y deseado esta guerra. La misma le costará al régimen la amistad de los "católicos", circunstancia que se debía considerar, aunque no sea de temer que el disentimiento dure mucho, tanto la Iglesia tiene necesidad del Estado y el Estado por su parte, considera rediticia la

alianza con aquélla, cuyos "beneficios" seguirán siéndole dispensados con largueza. Además costará muchas vidas humanas y mucho oro. ¿Pero este oro, adónde irá, precisamente? A los industriales abastecedores de armas, de municiones, de armamentos, así como a los banqueros suscriptores de empréstitos fructíferos. La guerra rinde a los "gentileshombres".

En efecto, una parte de la opinión católica se ha resentido, en los justos términos por supuesto; pero este mal humor se ha acentuado sensiblemente en algunas zonas, a continuación del tratado comercial franco-británico del 23 de enero de 1860, con el que el emperador ha adherido a los principios libre-cambistas. Si la mayor parte de los industriales se alegran de la obtención menos onerosa de la materia prima —sus beneficios se verán incrementados ulteriormente—, muchos se irritan por la competencia que ejercerán los productos ingleses. ¿En qué queda la "protección de los intereses del país"? La hostilidad de estos señores no tiene nada de alarmante; permanece circunscripta. La Bolsa no está insatisfecha, y mientras especuladores y banqueros sean favorables al régimen, todo andará bien. Éstos no se pueden lamentar de la nueva expedición militar autorizada si no concebida, por el emperador: la guerra de México. Lamartine, que conoce mal los secretos de la misma, cree descubrir una advertencia de los Estados Unidos, quienes manifiestan singular furia expansionista y aprovechan los desórdenes de México para arrebatarle, junto con Texas, California y el resto, es decir, tres quintas partes de su territorio. El asunto es igualmente susceptible de otra interpretación, seductora a los ojos del papa: la sustitución de una república anticlerical por un imperio católico, cosa que interesa a la emperatriz. Pero las razones de la intervención se ubican en el mismo plano de los Lugares Santos, de los misioneros, del principio de nacionalidad de las empresas precedentes,

Para no hablar de la protección de los maronitas, relativa a la intervención en Siria de agosto de 1860. Apreciamos en su justo valor esta frase de una obra clásica, *Historia religiosa de Francia contemporánea*, de Adrien Dansette: "En China, donde nuestros misioneros son perseguidos y nuestro comercio obstaculizado, una expedición punitiva franco-inglesa restablece nuestro prestigio". La verdad es que Juárez (hombre de izquierda) ha debido suspender todos los pagos a los acreedores extranjeros que han prestado a Miramón (hombre de derecha) grandes sumas, y que Morny está personalmente interesado en el reembolso del crédito Jecker: el banquero suizo Jecker le había acordado a Miramón un préstamo por el cual pretende obtener ahora de Juárez 75 millones —nada menos— a título de intereses según sus cálculos; y Morny ha persuadido a los hombres de negocios que les será posible obtener gigantescos provechos del subsuelo mexicano. Dubois de Saligny, además, que representa a Francia en Méqico, es también él un sostenedor del "bravo" Miramón. Se conoce el desarrollo y el siniestro fin de la aventura.

**"Miserables" y "gentileshombres"**

Estoy muy dispuesto a creer que Luis Bonaparte, convertido en emperador de los franceses, haya deseado sinceramente un mejoramiento de la condición obrera. Hace lo que puede en este sentido, pero no puede nada, verdaderamente nada. Tratemos de penetrar bien la realidad de las cosas. Este monarca absoluto —como todos aquellos que lo precedieron y que lo seguirán en el mundo llamado "occidental"— sólo tiene las manos libres para el *bien de la gente de bien*. En cambio, tiene las manos atadas para cuanto concierne a los pobres, porque son el instrumento de trabajo (o más exactamente el alimento base) de aquellos que están al frente de todo y sin la aprobación de los cuales el régimen mismo no habría existido. Napoleón III es emperador sólo por gracia del Dinero. Y el Dinero no es el Dinero si los desheredados no continúan alimentándolo. La razón de ser del Imperio es la de asegurar, con su policía y su ejército, el funcionamiento de la máquina que fabrica a los ricos mediante la explotación de los pobres. Otra "simplicidad bestial" de la política, de la política interna, la única seria, ya que la externa sólo tiene valor en la medida en que favorece a la primera y contribuye a su funcionamiento. Y Luis Bonaparte es muy amigo de lo concreto para perderse, en este sentido, tras las fantasías que se le atribuyen. Tiene la más perfecta, completa conciencia de ello. Sabe qué es lo que le costaría conducirse mal en este capítulo esencial. Le costaría la pérdida de su empleo, sencillamente.

Sin embargo, le gustaría aliviar un poco a los miserables; estoy persuadido de que él lo desea, íntimamente, con sinceridad. Cuando Morny, en la *Revue des Deux Mondes* del 1º de enero de 1848 (en aquellas mismas páginas que terminaban con una evocación bien calculada de la amenaza "comunista") declaraba, pleno de noble seriedad: "La humanidad nunca se halló en una época en que las clases ricas se hayan preocupado más por las clases pobres . . . ; sus males son estudiados con fervor (*sic*)", Morny a duras penas podía contener las risas ante sus propias bromas, pero estaba obligado a asumir el tono de la casa. Su hermanastro tenía menos deseos de reír. En efecto, no ignoro que Napoleón está muy irritado por *Plonplon* y sus actitudes de filántropo y reformador, y que es su interés no dejarse aventajar por este intrigante. Pero una vez más desearía realmente, estaría muy dispuesto a desear, de contar con los medios, algún progreso social en favor de los explotados. Se ha dignado recibir personalmente en el Elíseo, en junio de 1852 (pero veamos, ¿por qué? Desde el momento en que ha vencido, que está en su lugar, ¿a qué sirven estas actitudes?) a una delegación de mineros; también recibirá, en las Tullerías, en enero de 1859, a los changadores de Marsella. Los recibe, los escucha, sería feliz de poder ayudarlos, y nada se hará por ellos, ni por unos ni por otros. Ha querido el restablecimiento del "libreto" (22 de junio de 1854) que defiende un poco al obrero del arbitrio patronal; pero la ley será letra muerta. Ha favorecido a la Sociedad de Socorros Mutuos y hasta les ha concedido diez millones; pero las oficinas, pero toda la administración está contra él, ya que estos grupos muy pronto podrían volcarse a la defensa profesional y el sistema descansa en la interdicción, en la interdicción absoluta, de toda coalición absoluta, de toda coalición obrera. El 26 de julio de 1856, Napoleón III exalta calurosamente a la Caja de los inválidos del trabajo. ¿Qué significa esta burla? Los altos funcionarios, que conocen sus propios deberes para con los "gentileshombres", sabotean diligentemente, pero bajo pretextos adecuados, una iniciativa de la que el amo mismo, en su mansedumbre, no ha descubierto los peligros. Una nota confidencial del embajador de Inglaterra en París señalará en Londres, el 20 de diciembre de 1869, estas curiosas disposiciones humanitarias del emperador, incontestables, obstinadas, siempre vanas. El 25 de mayo de 1864, en gesto insensato, Napoleón había impuesto a los industriales el reconocimiento legal del derecho de huelga para los asalariados. ¿Huelga en La Ricamerie? El 16 de junio de 1869, trece muertos. ¿Huelga en Saint-Aubin? El 8 de octubre, catorce muertos. Porque la tropa sigue siendo excelente y los oficiales no bromean con la canalla. Además, así consiguen condecoraciones. ¿Huelga en Creusot al señor Schneider, en enero de 1870? El señor Schneider es presidente del grupo legislativo, y cuatro mil soldados, inmediatamente, llegan para reconducir a los huelguistas a la realidad.

Las "dinastías burguesas" —como las define, en términos apropiados, el historiados realista Emmanuel Beau de Loménie— florecen, gozan, bajo el Imperio, de una poderosa y sutil euforia. Este golpe de Estado, ¡qué bendición! Seamos francos, exclamaba el señor Pierre de La Gorce en su *Historia de la Segunda República*, "el golpe de Estado del 2 de diciembre prestó un inestimable servicio; el de desconcertar por algún tiempo (sólo por poco, lamentablemente, porque el señor de la Gorce escribía después de la Comuna), con una represión ejemplar, al gran tropel de los perturbadores y los sediciosos"; "los necesitados (*sic*) fueron reducidos al silencio"; "fue este el partido al que el golpe de estado sorprendió, castigó . . . ; éste el verdadero beneficio del 2 de diciembre, y es justo proclamarlo en voz alta". Alegrémonos entonces con el señor Marcel Boulanger, el historiador de Morny: "Desde el momento del golpe de

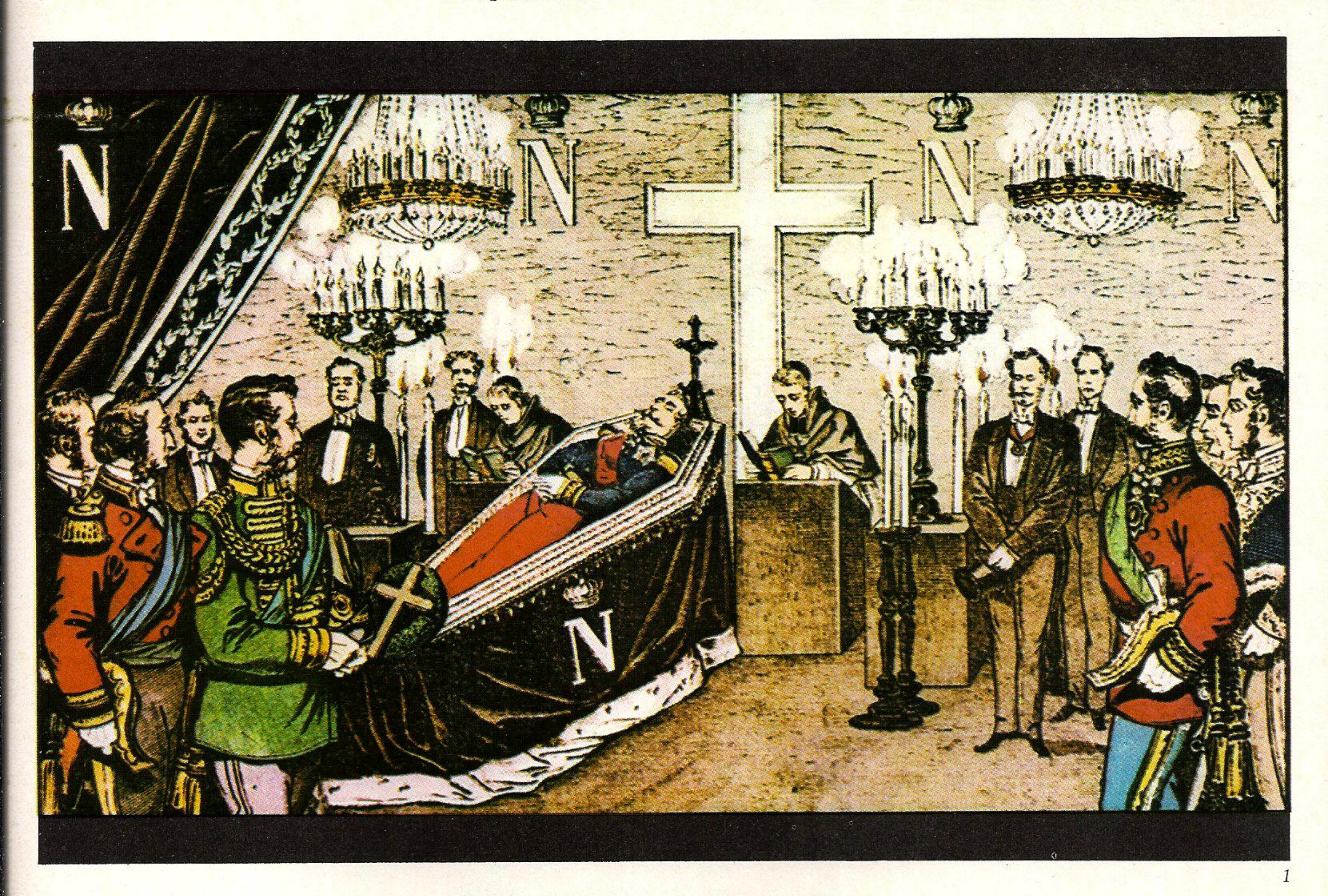
estado, un increíble lujo floreció de pronto, tal era el placer de sentirse felices y seguros." Luis Bonaparte "restauraba magníficos equipos de caza...; él mismo conducía, con vivaz porte, como auriga perfecto; daba en las Tullerías deslumbrantes bailes de uniformes, mientras estupendas espaldas femeninas resplandecían con piedras preciosas... Todas las tardes, hacia uno y otro lado de la incomparable avenida que lleva al Arco de Triunfo, corrían con gracia incomparables carruajes... Un tintineo continuado de suaves cueros y de frenos de acero acariciaba las orejas. ¡Oh, lujo encantador! ¡Oh placer de vivir!" Y el amor, en lugar destacado, cuán gentil y "simplificado" es. Aquella pequeña condesa Walewska, cómo "recibía espléndidamente a la corte y a la ciudad, a la Iglesia y a la Bolsa" (Marcel Boulanger, *El duque de Morny*, la obra está dedicada a Paul Bourget). Es cierto, es cierto, suspira por su parte en aguda lamentación el señor Louis Bertrand en su *Mariscal de Saint-Arnaud*: a partir de 1852 y por algunos años muy breves, "Francia ofreció al mundo la imagen del placer, de la vida feliz y brillante, en una civilización refinada". Los nombres más considerables se reúnen en el consejo de administración del *Crédit Mobilier*: los Noailles, los Fould, los d'Eichtal, los André, los Mallet y el barón Seillière. He aquí el ascenso de los Gouin, de los Darblay, de los Petiet, de los Talhouët, de los Reille y de los Wendel. He aquí al señor Vuitry, que será al mismo tiempo presidente del Consejo de Estado y del ferrocarril *Paris - Lyon - Méditerranée*; mientras su yerno, Henry Germain, fundará el *Crédit Lyonnais*. He aquí a los Decazes que, no contentos con su Decazeville, se unen a los Péreire para implantar el *Crédit Mobilier* en España. He aquí a los Broglie que dominan en Saint-Gobain, y los d'Hausonville en los ferrocarriles del Mediodía. León Say, que se convertirá en uno de los más pertinentes "economistas" de la Tercera República, hace su debut como empleado de los Rotchschild en la compañía de ferrocarriles del Norte; y es también en este período que los Vogüe inician la afortunada carrera que los llevará a la presidencia de Suez. Se entiende que el vizconde homónimo, el 25 de marzo de 1898, en la *Academie Francesa*, en pleno asunto Dreyfus, haya definido al 2 de diciembre, con una sonrisa benévola, "una operación de policía un tanto ruda".

En su *Imperio industrial* (1869) G. Duchêne constataba, luego de un esmerado análisis de la composición de los principales consejos de administración, que *menos de doscientos* individuos (183, *decía*) controlaban "más de veinte mil millones de acciones y obligaciones, es decir, la parte más importante de la fortuna pública". Bajo el Imperio, es cierto, la red de ferrocarriles se completa; es cierto que se mejoran los aparatos económicos; es cierto que se desarrolla el comercio exterior. El Imperio es la prosperidad. ¿Pero la prosperidad de quién? Si Francia son los franceses, ¿cuántos son, de los treinta y cuatro millones de franceses, aquellos que se benefician con esta expansión? Los "devoradores", sí, en modo prodigioso. ¿Pero los "devorados", los "necesitados", es decir, la multitud, es decir, Francia? La moralidad pública estaba protegida, hecho innegable; prueba de ello son los procesos intentados a Flaubert por *Madame Bovary* y a Baudelaire por *Las flores del mal* (y la *Revue des Deux Mondes*, en cuanto a la novela de Flaubert, superaba aún en severidad, en indignación, la requisitoria del procurador imperial). Jérôme Paturot, ¡en buena hora! Aquel Louis Reybaud, un escritor tan espiritual, y de una devoción íntegra al orden providencial y al dogma —capital— del "liberalismo económico". Flaubert, en cambio, era imposible con sus párrafos sobre el comercio agrícola y los "burgueses satisfechos" y Catherine Leroux, imagen de "cincuenta años de servidumbre". La "servidumbre" está bien como está. El prefecto Haussmann ha dividido a París en dos; segregación; no más contactos infectos; los habitantes preservados del importunismo de los pobres (¡qué mina de oro estos "grandes trabajos" con todas las ganancias que permiten en las expropiaciones, las adquisiciones y las reventas!); Haussmann en persona, objetivo y sereno, observa después de la encuesta —estamos en 1862— cómo de 1.700.000 parisinos, 1.070.000 son "indigentes reconocidos" o de condición "próxima a la indigencia". De ello no deriva ninguna conclusión, salvo que las cosas son como son. Otra encuesta, concerniente esta vez a la industria y al trabajo de los niños en las fábricas, en 1868; en cuanto la vieja ley, ficticia, de Luis Felipe, del 22 de marzo de 1841 el Imperio no cometería la incorrección de tenerla en cuenta más de lo que la tuviera el "rey ciudadano"; la utilización de los niños en las fábricas con el poco dinero que se les paga, es una de las fuentes más preciosas de la opulencia capitalista; el emperador se entera así, en 1868, que a pesar de la ley, casi cien mil niños *menores de ocho años* trabajan de diez a doce horas en las máquinas. Esto es muy triste, pero ante el temor de las represalias más desagradables que dirigirían contra él los notables de primer rango, y entre los cuales no puede permitirse caer en desgracia, no le queda más que cerrar los ojos y afirmar no saber. La "extinción del pauperismo" está en el poder desde hace dieciocho años. Resultado: bajo el segundo Imperio, el *salario real* del obrero no ha dejado de disminuir. Sí, los salarios han aumentado alrededor del 30 %, pero el precio de las mercaderías, de la ropa —en otras palabras, el costo de la vida— aumentó, en el mismo período, alrededor del 45 %. La *Semaine Universelle*, inteligente publicación, dedica, el 12 de abril de 1863, un artículo sereno y documentado a las viviendas obreras. Nada ha cambiado desde el 1848-51 y desde la visita llena de pavor que efectuara Víctor Hugo a las "cuevas de Lille", ghetto subterráneo del proletariado en el reino de la familia Motte. Algunos industriales paternalistas han hecho construir en Roubaix casas obreras", pero las mismas "en su mayoría carecen de ventanas"; sin embargo, los propietarios se aprovechan; del dinero así invertido se recaba hasta el 15, 20 y 25 por ciento. La "promiscuidad" de las cuevas del norte siempre tienen sus incidencias pintorescas: "las muchachas que comparecen ante los tribunales y a las que se les pregunta quién las embarazó, no saben si fue el padre o los hermanos". Pequeños arabescos curiosos al margen de la "fiesta imperial".

Es cierto que todo ello terminará mal. Las finanzas del país habrán sido gravadas, en total, en cuatro mil millones suplementarios (los empréstitos hacían la felicidad de los bancos); *cuatro mil millones*, por lo que los balances anuales van de 1,8 millón a 2,2 mil millones. Y todo terminará en Sedan para el sobrino, del mismo modo en que había terminado en Waterloo para el tío. Tradición de familia.

**Usura y derrumbe del segundo Imperio**

El emperador engorda. Engorda y se afloja, al mismo tiempo. Su figura se torna pesada y los lineamientos se anulan como si fueran de cera que se licúa. Se aburre en las Tullerías y en Saint-Cloud, en Compiègne. En vano trata de divertirse, allá, haciendo girar él mismo, familiarmente, la manivela de la pianola automática instalada por su insistencia en la *Galérie des Cartes*. Sólo las mujeres consiguen arrancarlo de su sopor. Como el amor, en su círculo, se ha "simplificado", las señoras del "buen mundo" multiplican las invenciones elegantes. La señora de Galliffet ha creado el club de las *cochonettes* donde se deplora, en el uniforme de los zuavos, "la excesiva amplitud de las calzas, que ya no permite distinguir los sentimientos". Cansado de las mundanas —que, sin embargo, informadas de sus inclinaciones, se esfuerzan (sin fatigarse) por mejorarse— el sexagenario (cumplio los 60 años en 1868) abandona a la señora Walewska, su "prima", a la señora de Persigny, a la señora de la Bédoyère, a la señora de Cadore, para encontrarse con más frecuencia con Julie Leboeuf, cierta *Margot-la-rigoleuse* (la reidora), cierta Marguerite Bellanger, cuyas especialidades le agradan pero lo consumen. Está turbado por preocupaciones políticas. Para jugarle una mala pasada a *Plonplon*, ha inventado la comedia del Imperio liberal, pero sin gran éxito. No es que sean realmente temibles los "opositores" del tipo Jules Favre y Jules Simon, ni los Picard o los Renan, todos insospechables en lo esencial: el respeto por el Arca, es decir, la estabilidad social y el mantenimiento de las estructuras económicas. Esta "izquierda" no es peligrosa. Come audazmente, con Saint-Beuve, con el señor Taine, jamón el Viernes Santo; pero



1

*1. Muerte del ex emperador Napoleón III en Chislehurts, Inglaterra. Imagen de Épinal. París, B. N. Est.*

sus licencias son de toda confianza para los gentileshombres. Renan se jacta, luego de Sadowa, de la victoria "protestante" sobre el oscurantismo católico, y se lo verá, en noviembre de 1870 condenar con aquel odio untuoso del que tiene el secreto, la resistencia de Gambetta, fuerte de las más alarmantes ideas republicanas. Favre, Simon, Ferry y los tres Jules compartirán entonces —¡y con cuánto corazón!— aquellos sentimientos tan razonables. El sistema ante todo, y las clases humildes dominadas. Madame Sand también pertenece al clan; embriagada por su Jérôme come-sacerdotes, pero con ojos que vigilan sus intereses de castellana. Lo que inquieta es la juventud intelectual, plena de ideas subversivas; y, aún más, aquella Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada en Londres en setiembre de 1864, que no contaba más de 500 miembros en el proletariado francés en 1866 pero que, en abril de 1870, suman 245.000. En las elecciones generales de mayo de 1869, 4.500.000 votos a los candidatos oficiales, bien; pero 3.200.000 votos a la oposición, son muchos. Casi un millón y medio de votos más que en el escrutinio precedente, de 1863. Y han hecho su aparición nuevos candidatos: la verdadera izquierda, a la Jules Vallès, contra la izquierda coloreada, trucada, embustera, a la Jules Simon (que le valdrá a Vallès en 1879 la denuncia —monstruosa— por parte de Ferry en la tribuna de la Cámara, de agente bonapartista). El plebiscito del 8 de mayo es satisfactorio en lo que respecta a la Francia rural, pero trágico en París donde el régimen está decididamente en minoría.
Emile Ollivier se ofrece al Amo para "afrontar —es así como él se expresa— la revolución cuerpo a cuerpo". Las premuras en cuanto a la opinión denominada "católica" se retoman por completo. Ya el Emperador había decretado al sorprendido cura de Ars la cruz de la Legión de Honor; Jean-Baptiste Vianney se había demostrado, bajo el tío, un triste sujeto: un rebelde, un "indómito"; pero parece ser que ahora hacía milagros, y condecorarlo era lo menos que el régimen podía hacer( se habría hecho otro tanto con Bernadette Soubirous pero la pastorcilla no tenía la edad y era preferible no desvalorizar la cinta roja).
Roucher, el cuerpo legislativo, tronaba: "Italia no se apoderará de Roma. ¡Nunca! ¡Francia nunca podría soportar este ultraje hecho a su honor y al mundo católico!" Pero estos bellos gestos y estas bellas palabras no poseen virtud suficiente para preservar al imperio de los pesados contratiempos que se anuncian. Una bella guerra triunfal desiparía estas nubes. ¿Y cómo podría no ser triunfal? El ejército francés es invencible. Además está listo, muy listo. Así dicen los generales. Pero no lo está. Está lejos de ello. El Emperador lo adivina y no es entusiasta de aquella declaración

de guerra que se desea, se exige —su esposa, sus ministros— que él dirija a Prusia (el señor Renan estará desolado). Ansioso, cede, y es la catástrofe. Los generales se envidian entre sí, se odian. Bazaine, retomanda el juego solapado que ya había realizado en México (donde intentara, contra Maximiliano, hacerse un reino propio), lanza adrede a Mac-Mahon hacia el abismo. En uniforme de jefe —este capitán de la artillería suiza luce el traje de general en su calidad, decía Víctor Hugo, de "sobrino de Austerlitz"— Napoleón III sufre el martirio. Cinco médicos lo han examinado, el 1º de julio de 1870 (quince días antes de la declaración de guerra) y han diagnosticado una "cistitis purulenta causada por una piedra que se ha formado en la vejiga". Ha hecho esfuerzos sobrehumanos para mantenerse sobre el caballo; su peluquero, todas las mañanas, le coloca un poco de afeite rojo sobre los pómulos para que tenga un aire menos espectral. Los prusianos lo hacen prisionero en Sedán y Bismarck está convencido de que está hecho, que Napoleón III firmará la paz, entregará Estrasburgo y Metz. Pero él se niega, y los Jules del gobierno improvisado —aquel gobierno al que titulan "de la Defensa Nacional" y que es sólo de defensa social (impedir a toda costa que pasen los socialistas y los proletarios; el enemigo no está más en Berlín, sino en Belleville)—, los Jules se fastidian a muerte con él por haberlos obligado a una resistencia a la que tienen horror, ya que la misma podría, en caso de victoria, conducir a las más crueles aberraciones sociales. La emperatriz, que se ha refugiado en Londres, se comporta con la misma astucia. Se enfrenta, sorprendida, con Bourbaki —a quien los alemanes han dejado salir con todo gusto de Metz— que viene, con la boca en forma de corazón, a presentar a su consideración el plan que los mariscales y los generales del ejército de Metz (éramos un "ejército de gentileshombres", explicará Canrobert el 12 de diciembre de 1872 frente a los jueces de Bazaine) han concebido para la "salvación de la sociedad". Están todos de acuerdo, Bazaine, Leboeuf, Bourbaki, Frossard, Changarnier: "neutralización" del ejército de Metz, del lado de los invasores, y marcha sobre París para el derrocamiento de la República. Eugenia pregunta a Bourbaki si ha perdido el juicio y le *ordena* ir a ponerse a disposición de la resistencia francesa, cualquiera ésta sea.

Luis Bonaparte, actualmente ex emperador, luego de haber sido por cuarenta y tres años pre-emperador, sobrevivirá hasta los primeros días del año 1873. Bourbaki, convertido bajo la República en gobernador militar de Lyon, urdirá un complot para reordenar Francia: desde Londres, el "emperador" se trasladaría a Prangins, en las márgenes del Leman, luego, desde así, con una acción por sorpresa, hasta la margen francesa donde Bourbaki habría reunido, con cualquier pretexto fácil, tropas para recibirlo, aclamarlo y, desde Lyon, marchar hacia París. Pero el viejo no podía más. Aquel bajo vientre que le había procurado tantos deleites constituía ahora su tormento. Los médicos intentaron, mediante agujas de acero que introducían en su uretra, "moler" la piedra gigante que se había formado en su vejiga. Primera intervención, 3 de enero de 1873. Segunda intervención, el 6. Atroz. La tercera intervención debía tener lugar el 10 de enero. Pero el paciente los abandonó la mañana de ese día.

### Bibliografía

O. Aubry, *Le second Empire*, París, 1938; id., *Napoleón III*, M. Boulenger, *Le duc de Morny*, París, 1925; A. Dansette, *II République et second Empire*, París, 1942; M. Blanchard, *Le second Empire*, París, 1950; G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le second Empire*; P. de la Gorce, *Histoire du second Empire*, 7 vols, París, 1894-1905 y *Napoleón III et sa politique*, París, 1934; H. Guillemin, *Histoire des catholiques français au XIXe siècle*, Ginebra, 1947 y *Le coup du 2 Décembre*, París, 1951; J.-B. Duroselle, *Les débuts du catholicisme social en France*, París, 1951; V. L. Tapié, *Quelque figures du second Empire*, 1937; M. Alemm, *La vie quotidienne sous le Second Empire*, París, 1948. J. Chastenet, *E. Ollivier et les conséquences d'une politique fausse*, Acad, des Sciences morales et politiques, 1945; T. Zedlin, *The political system of Napoleón III*, Londres 1958; P. Henry, *Napoleón III et les peuples*, Gap, 1943; Ch. Seignobos, *Histoire de la France contemporaine*, t. VI.

En español, sobre el tema se puede consultar: J. B. Duroselle, *Europa de 1815 hasta nuestros días*, Barcelona, 1967; Octavre Aubry, *Napoleón III*, Madrid, 1936; T. A. B. Corley, *Napoleón III*, Madrid, 1958.




Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (I): fascículos 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23.

Tomo LAS REVOLUCIONES NACIONALES: fascículos 8, 13, 15, 20, 22 y 27.

Tomo EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL: fascículos 1, 10, 21, 24, 31 y 36.

Tomo CRISTIANISMO Y MEDIOEVO: fascículos 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43.

Tomo LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES: fascículos 12, 19, 26, 39, 44 y 45.

Tomo LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PERIODO NAPOLEONICO: fascículos 4, 17, 29, 38, 46, 49 y 51.

Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (II): fascículos 28, 33, 35, 40, 85, 86, 87 y 94.

# Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos en oro y sobrecubiertas a todo color.

**COMO EFECTUAR EL CANJE:**

Ya mismo pueden cambiar sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados.

Para efectuar el canje personalmente deben entregar los fascículos en perfecto estado y la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo.

Para efectuar el canje por correo deberán enviar un giro postal o bancario por la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo y $ 1.- (m$n. 100.-) para gastos de envío, a Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

Recibirán los tomos en un plazo de 30 días.

**Importante:**

1. Cada tomo puede canjearse por separado.
2. Si le falta algún fascículo, puede adquirirlo en Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

---

## DONDE EFECTUAR EL CANJE

**CAPITAL**

LIBRERIA DEL VIRREY
Virrey Loreto 2409

LIBROS DIAZ
Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440, Loc. 46 y 47

LIBRERIA EL CANDIL
Uruguay 1251

LIBRERIA EL HOGAR OBRERO
Rivadavia 5118

LIBRERIA GONZALEZ
Nazca 2313

LIBRERIA JUAN CRISTOBAL
Galería Juramento Cabildo y Juramento, Loc. 1, Sub.

**LIBRERIA LETRA VIVA**
Coronel Díaz 1837

LIBRERIA LEXICO
J. M. Moreno 53 y Cabildo 1179

LIBRERIA PELUFFO
Corrientes 4279

LIBRERIA SANTA FE
Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928

LIBRERIA SEVILLA
Córdoba 5817

LIBRERIA TONINI
Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634

VENDIAR
Hall Constitución

LIBRERIA CENTRO EDITOR DE

**GRAN BUENOS AIRES**

**Avellaneda**
LIBRERIA EL PORVENIR
Av. Mitre 970

**Hurlingham**
MUNDO PLAST
Av. Vergara 3167

**San Martín**
LIBRERIA DANTE ALIGHIERI
San Martín 64 - Galería Plaza

**Villa Ballester**
LIBRERIA EL QUIJOTE
Alvear 280 - Gal. San José, Loc. 7

**INTERIOR**

**BUENOS AIRES**

**Bahía Blanca**
LIBRERIA TOKI EDER
Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS
Alsina 184

**Garré**
RAMON FERNANDEZ

**Mar del Plata**
LIBRERIA ERASMO
San Martín 3330
REVISLANDIA
Av. Luro 2364

**Pergamino**
PERGAMINO EDICIONES

**Córdoba**
EL EMPORIO DE LAS REVISTAS
Av. Gral. Paz 146, Loc. 1

**Coronel Moldes**
CASA CARRIZO
Belgrano 160

**CORRIENTES**
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO
25 de Mayo esq. Rioja

**CHACO**

**Resistencia**
CASA GARCIA
Carlos Pellegrini 41

**ENTRE RIOS**

**Paraná**
EL TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay 208

**Concepción del Uruguay**
A. MARTINEZ PIÑON
9 de Julio 785

**MENDOZA**
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO
Galería Tonsa, Loc. A 26

**MISIONES**

**Posadas**
LIBRERIA PELLEGRINI
Colón 280, Loc. 12 y 13

**NEUQUEN**

**Junín de los Andes**
"LA ROSTA"

**RIO NEGRO**

**Gral. Roca**
QUIMHUE LIBROS
Tucumán 1216

**SALTA**
LIBRERIA SALTA
Buenos Aires 29

**SAN JUAN**
LIBRERIA SAN JOSE
Rivadavia 183 Oeste

**SANTA FE**

**Rosario**
LIBRERIA AMERICA LATINA
Gal. Melipal. Loc. 10, Córdoba 137
LIBRERIA LA MEDICA
Córdoba 2901

**Santa Fe**
LIBRERIA COLMEGNA
San Martín 2546

**Rafaela**
LIBRERIA EL SABER
Sarmiento 138

**SANTIAGO DEL ESTERO**
LIBRERIA DIMENSION
Galería Tabycast, Loc. 19

**TUCUMAN**
NEW LIBROS

**Precio de LOS HOMBRES**

ARGENTINA:
Nº 126 al Nº 116 $ 1,50 m$n 150.-
Nº 115 al Nº 1 $ 2,50 m$n 250.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18
URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50